

**GEORGES
BATAILLE**



**EL VERDADERO
BARBA-AZUL**

(La tragedia de Gilles de Rais)

PRÓLOGO DE MARIO VARGAS LLOSA

Lectulandia

«No soy un filósofo, dijo Georges Bataille, sino un santo, tal vez un loco». Y añade Mario Vargas Llosa en su prólogo: «(Bataille) es demasiado fúnebre, feroz e irreductible a fórmulas simples para ser popular. Resonará todavía, pero ante auditorios de marginales y de inconformes, igual que la voz de esos “malditos” que él tanto escuchó».

«Gilles de Rais fue un monstruo absoluto sólo en la leyenda; en la realidad fue, también, un temerario Mariscal que luchó por Francia junto a Juana de Arco y un católico que, aun en sus momentos de bestialidad más sanguinaria, conservó la fe». Las orgías de Gilles de Rais en las que, tras secuestrar a los niños de la vecindad, los sodomizaba y los degollaba, las grotescas ceremonias de medianoche que organizaba en los claros del bosque convocando al demonio, el gran espectáculo de su arrepentimiento final con la multitud en llanto que lo acompañó a la hoguera no podían dejar de fascinar a Georges Bataille. «Los crímenes de Gilles de Rais, dice, son los del mundo en que los cometió»: la sociedad medieval que confería a la nobleza un derecho ilimitado para la materialización de sus deseos. Entre guerras y torneos, el noble Gilles de Rais conocía largos períodos de ocio que ocupaba en prolongar, para su placer personal, las atrocidades que cometía en los campos de batalla.

Hoy en día, Gilles de Rais es recordado en Francia como Barba Azul, una leyenda. Pero este personaje siniestro existió y Georges Bataille advierte que aún hoy, en cada uno de nosotros puede haber «amordazado y sujeto por las convenciones de la comunidad que nos rodea» un pequeño Gilles de Rais – Barba Azul.

Lectulandia

Georges Bataille

El verdadero Barba Azul

La tragedia de Gilles de Rais

ePub r1.0

Titivillus 28.11.15

Título original: *Gilles de Rais*

Georges Bataille, 1965

Este texto es la introducción al volumen titulado *Giles de Rais*, publicado por Jean-Jacques Pauvert, que reúne los textos de los dos procesos de Gilles de Rais, recogidos y comentados por Georges Bataille

Traducción: Carlos Manzano

Diseño de cubierta: Lluís Clotet

Retoque de cubierta: Epubdroid

Fotografía: Oriol Maspons

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

BATAILLE O EL RESCATE DEL MAL

Georges Bataille fue, en vida, un escritor de minorías y es probable que lo sea siempre. Un relente de clandestinidad envuelve a su obra, diez años después de su muerte, pese a que cada día aumentan los lectores que descubren, en los libros de este bibliotecario de salud precaria que nunca llegó tarde a la oficina, el mensaje intelectual más sedicioso de una generación que contaba con figuras como Sartre, Camus y Merleau-Ponty. Pero dudo que este mensaje salga de la catacumba y se apodere, alguna vez, de la ciudad: es demasiado fúnebre, feroz e irreductible a fórmulas simples para ser popular. Resonará todavía, pero ante auditorios de marginales y de inconformes, igual que la voz de esos «malditos» que él tanto escuchó.

Lo primero que sorprende en la obra de Bataille es su diversidad: filosofía, sociología, religión, economía, arte, literatura. Su pensamiento, ardiente y glacial a la vez, ha dejado una herida en todas estas disciplinas, pero él se opuso siempre a que lo consideraran un pensador: «*No soy un filósofo, dijo, sino un santo, tal vez un loco*». Su ecumenismo cultural estaba gobernado por una soberbia vocación de heterodoxia y ésta es la más atractiva carta de presentación de su obra, en un momento como el nuestro, de incredulidad, de naufragio de verdades establecidas: su iconoclasia. En los años que siguieron a la segunda guerra mundial, un cierto optimismo —de cualquier signo: izquierda, derecha y andróginos— era de rigor: se exigían convicciones sólidas y constructivas, una visión nítida y coherente de la realidad, mucha lógica y sentido común. Eran indispensables, incluso, una pizca de sectarismo, de intransigencia dogmática y alguna estridencia verbal, en ese período turbio, cuando el stalinismo y el maccarthismo parecían las únicas opciones. Contribuyó al desconocimiento, casi se diría a la inexistencia de Bataille en esos años, el que incumpliera con alevosía los mandatos de la época: sus convicciones eran oscuras y vacilantes, tan cargadas de dudas como de certezas, su voz apenas audible y depresiva (publicaba, a menudo con seudónimo o sin firma, en editoriales pequeñas), y en su visión de la historia lo racional se mezclaba furiosamente con lo irracional. Incapaz de separar una afirmación de su contrapartida, la negación (y con una invencible predilección por esta última), Bataille vio siempre en el hombre una jaula de ángeles y demonios. Sólo éstos últimos lo fascinaron, sólo éstos últimos llamean

en sus escritos.

Diversa, heterodoxa, la obra de Bataille es también sobria e imperfecta. Su economía expositiva, su mutismo, a veces desesperan; sus ideas más audaces están formuladas, por lo general, con una rapidez insolente. Fue la antípoda de un pensador de nuestra lengua: lo que en un Martí, en un Unamuno, en un Ortega, habrían sido caudalosas efusiones retóricas, se condensa en Bataille en un párrafo fugaz, en una frase furtiva. Pero tampoco era «un francés»: ni la claridad ni el orden cartesianos definen su obra. Nunca le parecieron metas deseables. Al contrario: la incoherencia, el desorden, constituían, según él, no sólo actitudes indispensables para que el hombre adquiriera la soberanía, se encuentre a sí mismo, trascienda la animalidad, sino, también, rasgos inevitables de la escritura que pretenda dar cuenta de ese lado «tumultuoso» del hombre. La indisciplina y la tiniebla de algunos de sus textos fueron *buscados* por este díscolo que ambicionó la sombra con la misma tenacidad con que un Valéry codiciaba la luz. «*El que habla confiesa su impotencia*», sentenció en su ensayo sobre *El erotismo* (1957) y, años antes, en una conferencia, había declarado que prefería «*ser poco inteligible antes que inexacto*».

Había nacido en Billom (Puy-de-Dôme), en 1897, y la contradicción, clave de su pensamiento, aparece en su vida desde joven. Hijo de un médico de ideas radicales, recibió una instrucción laica, pero, a pesar de (más bien, gracias a) ello, tuvo una adolescencia religiosa, con crisis místicas, lecturas románticas y una salud ruinosa. Su primer escrito fue un artículo sobre la catedral de Reims; en ese tiempo, al parecer, leyendo «*Lá-bas*» de Huysmans, oyó hablar por primera vez de Gilíes de Rais. Estudió filología románica en la Ecole de Chartes, se graduó con la edición crítica de un relato medieval, publicó trabajos sobre numismática en revistas eruditas. Luego se vincula al surrealismo, con el que hizo un corro trecho, que terminó en ruptura violenta. Su materialismo, su alergia a cualquier ilusión idealista (lo que no lo salvará de incurrir en ciertos idealismos) le acarrearón las invectivas de Breton, quien en el Segundo Manifiesto del Surrealismo (1930) escribió: «*El señor Bataille se precia de interesarse únicamente en lo más vil, lo más deprimente y lo más corrompido del mundo*. La fórmula es tosca pero no está descentrada; descargándola de todo resabio moralizante, diseña un perfil de Bataille: su fascinación por lo prohibido y lo horrible. En todo hombre buscaba, veía con ansiedad apenas contenida, bajo las ropas *elegantes y las ideas generosas, al animal dañino, a la bestia camuflada*: Hay en cada hombre un animal encerrado en una prisión, como un esclavo —escribió en 1929, en la revista *Documents*—; hay una puerta: si la abrimos, el animal se escapa como el esclavo que encuentra una salida; entonces el hombre muere provisoriamente y la bestia se conduce como una bestia, sin tratar de incitar la admiración poética del muerto». *Vería lo mismo en las flores*: «El interior de una rosa no corresponde en absoluto a su belleza exterior; si se arranca hasta el último pétalo de la corola, no queda más que una mota de aspecto sórdido». *Tuvo siempre la obsesión de San Agustín («nacemos entre heces y orina»)* que alguna vez citó, pero el

error de Breton fue haber tomado esto por una inclinación viciosa. Era sobre todo un síntoma de rebelión, una voluntad de tocar la dimensión más secreta de la vida, aquél a que el por general, en sí mismo o hace trampas para no ver. Junto con esa orientación hacia «el mal», inseparable de ella, raíz de toda su obra, hay una pasión de desacato, o, en su vocabulario, de transgresión: «Pero antes que nada, lo repetiré en todos los tonos, el mundo sólo es habitable a condición de que nada sea respetado, porque el respeto es una de las formas de la emasculación colectiva, de la que es víctima idiota y grotesca la especie humana». Era joven cuando escribió semejante insolencia. Aunque no siempre expuesta con tanto ruido, esta convicción presidirá rigurosamente todo lo que escriba.

Hacia 1925 Bataille leyó, en una revista, el *Essai sur le Don*, del sociólogo Marcel Mauss, que tendría una repercusión sísmica en su obra. El resultado inmediato fue un artículo, *La notion de dépense*, en el que, a partir de la teoría de Mauss sobre la institución del *potlatch* y la «práctica de las prestaciones totales» en los pueblos primitivos, sostuvo que, contrariamente a lo que se creía axioma inmutable, el impulso primero y mayor de la vida humana no era producir sino consumir, gastar y no conservar, no construir sino destruir. Este texto es la primera piedra de su teoría del «intercambio generalizado», magistralmente expuesta en *La part maudite* (1949), el más ambicioso de sus libros y el único en el que trató de sistematizar una interpretación del mundo. Resumo la tesis central. Hay un excedente de energía sobre el globo terrestre —insuficiente para absorber toda la vida solar que recibe— que debe ser sistemáticamente liquidado para asegurar la continuación de la vida. Ocurre no sólo en la naturaleza, el orden vegetal y el animal, sino también en el humano, aunque en éste la perpetua operación de aniquilamiento y derroche adopta formas más sinuosas que los apocalipsis geológicos o las carnicerías animales. La demarcación entre animalidad y humanidad está en las respuestas que ha dado el hombre, a lo largo de la historia, a esa obligación en que se halla, como todo lo existente, de quemar la energía sobrante. La prodigalidad, el erotismo, el lujo, los excesos, la muerte: su función profunda es contrarrestar el esfuerzo puramente productivo, sujetar el crecimiento de la vida dentro de las fronteras de lo posible. Todo, o casi, encuentra su fundamento en esta maldición destructiva que pesa sobre la vida: los sacrificios humanos, las guerras, las religiones, la reforma calvinista, hasta los donativos del Plan Marshall. El supuesto de Bataille es que toda «*sociedad produce más de lo que necesita para su subsistencia*» y dispone siempre, por lo tanto, de un excedente.

El uso que haga de él «determina» a dicha sociedad: de ello dependen sus cambios de estructura, sus crisis, su historia. La forma más usual de inversión del excedente es el desarrollo, que puede tornar distintas direcciones. Todas topan siempre, en un momento dado, con un límite. Así, cuando el crecimiento demográfico de una civilización se ve amenazado, ésta se vuelve guerrera y expansionista, se proyecta hacia las conquistas. Es el caso del Islam. Una vez alcanzado el límite

militar, el «sobrante de energía» de la sociedad puede verterse en los moldes suntuosos de la religión, las fiestas, los juegos y los espectáculos, el lujo personal (Bataille ilustra este caso con el imperio azteca). Si una sociedad no puede desarrollar de algún modo el sistema de energía que ella es (mediante guerras o inventando nuevas técnicas para aumentar la producción) está condenada a gastar «a pura pérdida» la totalidad del sobrante que irremediabilmente genera. ¿Cómo puede *dilapidar* su excedente una sociedad? En el Tíbet, «sociedad desarmada», el sistema macrocefálico de monasterios y muchedumbres de monjes consumía toda la energía no estrictamente indispensable para la supervivencia nacional, sin beneficio alguno: conventos y lamas son económica y demográficamente estériles.

Sintetizando tanto, traiciono. Para sondear de veras la profundidad de Bataille hay que leer las páginas donde explica cómo ese «excedente» alcanza su nivel más humano en los períodos de equilibrio, cuando crece la vida suntuaria y disminuye la actividad belicosa, o aquél as donde, partiendo de la tesis de Weber sobre la contribución de la ética protestante al desarrollo capitalista, interpreta la revolución industrial según la teoría del excedente. La crítica protestante primero, y luego la revolucionaria, a toda forma de derroche o de lujo, hicieron que el exceso de energía, en vez de ser malgastado —como ocurría en la Edad Media— fuera conservado, reinvertido, multiplicado. La acumulación capitalista, sumada al descubrimiento de técnicas capaces de incrementar la producción, significó el brote de la sociedad industrial. Facilitó la acumulación capitalista, en el pasado, una revolución moral: el protestantismo. En el mundo moderno, el marxismo ha creado la moral necesaria para justificar nuevas prohibiciones de todo gasto improductivo. Bataille analiza el comunismo soviético y su política económica. Este movimiento antidilapidatorio, de almacenamiento de la energía para lograr el desarrollo, en un país de condiciones tales como las de la URSS, sólo podía ser puesto en práctica y mantenido bajo el rigor: *«He aquí la paradoja de un proletariado reducido a imponerse, de manera intratable, a sí mismo, de renunciar a la vida para hacerla posible. Un burgués que ahorra renuncia al lujo más vano, pero sigue gozando de bienestar: la renuncia del obrero tuvo lugar, al contrario, en condiciones de suma penuria»*. La interpretación de Bataille del stalinismo es semejante a la que haría, años más tarde, Isaac Deutscher. Con una diferencia: Bataille es más pesimista. Para Deutscher ese período de acumulación socialista, con todos los imperiosos sacrificios que exigió, hubiera podido ser menos inhumano; en el análisis de Bataille (quien afirma: *No quiero justificar, sino comprender*) el stalinismo no parece una desviación doctrinaria, una opción entre otras, sino un mecanismo autosuficiente y fatídico.

Brillante, osada, la teoría del excedente convence más en sus demostraciones que en tu tesis central. Sistema eficaz para leer ciertos hechos históricos o determinados comportamientos individuales (los sacrificios humanos, el erotismo), inspira cierto desasosiego cuando quiere desvelar el secreto, ser la clave, de la existencia universal. Mi objeción afecta la base del edificio. No estoy seguro de que toda sociedad

produzca siempre más de lo que necesita para subsistir. Tengo la impresión (sé que hay peligro de demagogia en lo que digo) de que este supuesto sólo podría haber nacido donde nació, en un mundo desarrollado, en una sociedad de alto consumo. Desde la perspectiva del tercer mundo, del subdesarrollo, es muy difícil aceptarlo, al menos en sus implicaciones estrictamente económicas. En países en los que, a veces, el ochenta por ciento de la población vive en condiciones infrahumanas y la esperanza de vida es mínima, parece más lógico ver en el derroche de energía —que, quién lo duda, prolifera—, un uso extraviado de los recursos, imputable a sistemas políticos interesados, a causas históricas concretas, que una necesidad inmanente, un destino preestablecido de la especie humana de quemar energía sobrante. La respuesta de Bataille a objeciones de este género era: se trata de un fenómeno *general*, verificable sólo en una perspectiva totalizadora del espacio histórico, lo que significa que en alguna de sus instancias particulares (por ejemplo, América Latina, el tercer mundo) no se registra. Habría que sumar las sociedades; el conjunto delataría ese saldo que debe ser aniquilado por incapacidad de la propia vida para absorberlo. Más todavía. Si en este instante preciso, primavera del 72, una utópica estadística planetaria revelara que la producción es inferior a la capacidad de consumo de la humanidad para que ésta alcanzara un nivel mínimo de subsistencia, Bataille señalaría que el «movimiento vertiginoso» que él describe sólo puede medirse en el tiempo, igual que en el espacio, de manera *total*. Es la suma de los distintos períodos la que contiene esa sobreproducción, lo cual quiere decir que en algunos momentos en particular, las fuerzas productivas pueden ser insuficientes para satisfacer la capacidad mínima de consumo vital. Es otro de los aspectos discutibles de la tesis: elevada a tales dimensiones de universalidad, corre el riesgo de disolverse en una pura abstracción, de ser un luminoso y complicado artificio, no una llave para explorar realidades concretas. De otro lado, esa noción mínima de subsistencia, de la que depende el volumen del excedente, ¿cuál es, cómo fijarla? No hay manera de saberlo de manera estable, en términos precisos, porque la vida —sobre todo la humana— evoluciona de acuerdo a circunstancias y condiciones. El consumo indispensable para la supervivencia aumenta con la producción, con las necesidades que ésta va creando. Es una broma, pero no demasiado inverosímil, decir que mis nietos pueden llegar a vivir en un mundo en el que la petroquímica y la electrónica sean tan urgentes para la mera supervivencia como, en la Edad de Piedra, el fuego y el hacha. Éstos y otros aspectos polémicos de su tesis habían sido considerados por Bataille, que presentó *La part maudite*, en 1949, como primera parte de un estudio que otros volúmenes completarían. En realidad, la empresa no tuvo continuación. No es imposible que interrumpiera su proyecto, intuyendo el riesgo de delicuescencia en lo abstracto de su teoría de la «economía generalizada», por su excesivo mesianismo. Todas las doctrinas de explicación universal de la vida suelen deshacerse en el lirismo y en Bataille la hostilidad hacia la idealización de la existencia era tan grande como el hechizo que sentía por lo concreto y lo terrestre. En un manuscrito de 1929, a los

surrealistas empeñados en la divinización de la mujer, les recordaba con brutalidad: *Ninguna de las mujeres que amamos, por puras y encantadoras que sean, se hubiera librado de que Sade cagara en su boca.*

Nunca completó su teoría, pero el núcleo de ella —la idea de que la condición de la vida es «una loca exuberancia»: la muerte, el fasto, la desmesura— siguió animando su pensamiento y dio a éste cohesión y hondura. Su reflexión se concentró, con terquedad, en aquellas actividades que han hecho más evidente —porque la provocaban, sufrían o describían— la violencia humana: la religión, la literatura, el sexo. A menudo sus hallazgos fueron geniales. El genio consiste en tener un punto de vista propio, una atalaya inédita desde la cual se descubre, cualquiera que sea el paisaje que se divisa, el mismo espectáculo. Bataille tuvo ese mirador personal y desde él vio confirmadas, en las diversas comarcas que le permitió recorrer su amplia cultura —el arte rupestre, los datos de la etnología, textos místicos, sistemas filosóficos, pintores como Manet— un puñado de certidumbres. Ésas son sugestivas, inquietantes, a veces atroces, y no es fácil hablar de ellas sin desnaturalizarlas. Se hallan dispersas en libros, conferencias, artículos, cada uno de los cuales las expone fragmentariamente, las rectifica o matiza, e ilustra con un material diferente. Trazar un cuadro sinóptico de esa atomización efervescente, de esa riqueza protoplasmática, es como explicar el movimiento por la quietud, el ruido por el silencio. Uno de los méritos de Bataille es haber logrado un milagro de este tipo: el principio de la unidad de los contrarios es una de las líneas de fuerza de su pensamiento. Para él, el hombre era, precisamente, *el dominio en donde los contrarios se abisman y se conjugan.*

La puerta de entrada a la antropología de Bataille es su noción de Mal. En su boca, este concepto está exento de gérmenes sobrenaturales, es «ateológico» (así bautizó su filosofía en uno de sus últimos textos: las *Conferencias sobre el no saber*), exclusivamente humano. Quiere decir: todo lo que contraviene las leyes que se ha impuesto a sí misma la sociedad a fin de durar, de hacer posible la vida, de luchar contra la muerte. Éstas leyes o suma de prohibiciones, constituyen el mundo de la razón y del trabajo, de la convivencia, de la utilidad. La paradoja de la vida humana reside en que, para hacer posible la duración del ser, para que la vida no cese, la sociedad debe constreñir al hombre, cercarlo de una alambrada de tabúes, obligarlo a sofocar la parte no-racional de su personalidad, esa zona espontánea y negativa de su ser que, si fuera dejada en libertad, destruiría el orden la vida común, instalaría la confusión y la muerte. Esta *parte maldita* de la condición humana, sin embargo, aunque reprimida y negada por la vida social (el Bien) está ahí, escondida pero viva, presionando desde la sombra, insinuándose, pugnando por manifestarse y existir. Sólo cuando esta dimensión «maldita» consigue expresarse, haciendo violencia contra el Bien (poniendo en peligro las leyes de la ciudad) conquista el hombre la soberanía: *Así, dice Bataille, no podemos sorprendernos si la búsqueda de la soberanía está unida a la infracción de una o varias prohibiciones. Esto quiere decir que la soberanía, en la medida en que la humanidad se esfuerza por lograrla, nos exige*

situarnos «por encima de la esencia» que la constituye. Esto quiere decir también que la comunicación profunda sólo puede hacerse con una condición: que recurramos al Mal, es decir, a la violación de la prohibición.

El mal, según Bataille, no niega sino completa la naturaleza humana, es el medio que le confiere la plenitud, la praxis mediante la cual puede el hombre recobrar esa parte de su ser que la razón, el Bien, la ciudad, *deben* amputar para defender la vida social. El Mal es posible gracias a la libertad: *¿Acaso la libertad no se basa en la rebelión, lo mismo que la insumisión?*, decía en 1949. Y en *La literatura y el mal* (1957): *La libertad es siempre una apertura a la rebelión*. Se ve lo fundamental que es el concepto de «rebelión» para Bataille. Es, de un lado, la praxis condicionada por la búsqueda de la soberanía. Como ésta se alcanza mediante infracciones a la ley, a la prohibición (*La soberanía es el poder de elevarse, en la indiferencia ante la muerte, por encima de las leyes que aseguran el mantenimiento de la vida*), la rebeldía es la única postura que otorga al hombre su «totalidad», su máxima intensidad, su grandeza, en la medida en que sustituye su espíritu de conservación y apego a la vida por la tolerancia y búsqueda de la muerte. Por esta razón he llamado *fúnebre* el mensaje de Bataille. Para él, la muerte no sólo es aceptable; es el precio mismo de la integridad humana. Desgarrado entre razón y sinrazón, entre el deseo de durar y el de vivir soberanamente, el hombre, paradoja miserable, *no debe dejarse encerrar en los límites de la razón*, pero tampoco puede abolir esos límites so pena de extinguirse: *Primero debe aceptar esos límites, tiene que reconocer la necesidad del cálculo del interés; pero debe saber que existe en él una parte irreductible, una parte soberana que escapa a los límites, que escapa a esa necesidad que reconoce*. Lo que define a la naturaleza humana es *el hecho de introducir en la vida, dañándola lo menos posible, la mayor cantidad posible de elementos que la contradigan*.

Esta es la explicación y justificación del erotismo para Bataille. El erotismo (lo define téticamente como *la aprobación de la vida hasta en la muerte*), práctica sexual emancipada de la reproducción, quehacer esencialmente estéril, gratuito, lujoso, dilapidatorio, es uno de esos movimientos «tumultuosos», «excesivos», que se oponen a la razón, al Bien, a la actividad laboral, es decir uno de esos dominios privilegiados del *Mal y lo diabólico*, gracias al cual, el hombre acercándose a la muerte, puede ejercitar su libertad, rebelarse y alcanzar la plenitud. La actividad erótica, en los análisis de Bataille, tiene poco que ver con el goce regocijado y animal, la fiesta del instinto que describen un Aretino o un Boccaccio. Se parece más a las pesadillas matemáticas de un Sade. El placer que el hombre extrae del «vicio» es, para él, macabro y mental: consiste en desafiar (causándola y rozándola) la muerte y el sentimiento de perpetrar una falta: *Si se desea apasionadamente la belleza cuya perfección rechaza la animalidad, es sólo por la mancha animal que la posesión introduce en ella. Se la desea para ensuciarla; no en sí misma, sino por el placer que se experimente ante la certidumbre de profanarla*. Citando a Sade («No hay mejor manera de familiarizarse con la muerte que asociarla a una idea libertina»), afirmar

que la práctica del erotismo conduce hacia el crimen, que le es inseparable la atracción de la muerte.

Otra conducta «excesiva», que, violentando el cálculo del interés y las leyes de la convivencia, permite al hombre elevarse hacia una forma de soberanía es la santidad. El místico, como el libertino, desafía la ley de la duración, viola los preceptos que permiten la vida colectiva, su quehacer es también estéril en términos «productivos» y su conducta antepone la muerte a la vida. Es la mutua indiferencia ante la muerte lo que emparenta, según Bataille, al Santo y al voluptuoso y no el sexo: es inesperado ver a este ateólogo materialista y satánico, comentar en *El erotismo*, con mucha simpatía, un volumen de los Padres Carmelitas sobre *Mystique et Continence* y rechazar con desagrado la interpretación sexual de la vida mística intentada por algunos psicoanalistas.

Como para el Mal es indispensable la existencia del Bien, para el Diablo la de Dios, para el hombre que alcanza la soberanía en la subversión contra la regla, en la transgresión del tabú, es imprescindible que existan la regla y el tabú. Nada más lejos de este «maldito» que la defensa de una sociedad tolerante, sin barreras y prejuicios sexuales. Quienes, atraídos por el prestigio «negro» de Bataille, han creído que podían utilizarlo para combatir a la «sociedad represiva» están muy equivocados: *No soy de los que ven una salida en el olvido de ciertas prohibiciones sexuales. Pienso, incluso, que la posibilidad humana depende de esas prohibiciones: no podemos concebir esa posibilidad sin esas prohibiciones.* Es obligatorio recordar que el Marqués de Sade fue un enérgico adversario de la pena de muerte, que publicó un opúsculo combatiéndola, que votó contra ella durante el Terror. Vale la pena recordar también a Roger Vaillant (un teórico y práctico del erotismo, más superficial que Bataille, pero que escribió algunas buenas novelas), explicando en *Le regard froid*, la mediocridad de la mujer contemporánea para la vida voluptuosa por la excesiva libertad con que es educada. ¿A qué debían su aptitud para el libertinaje las muchachas del siglo XVIII? Vaillant pensaba seriamente que a la estrictez de su educación en el convento. Hay una subterránea coherencia en esto que, a primera vista, parece contradictorio. Para que la rebelión sea auténtica y entrañe un riesgo, es preciso que haya contra qué rebelarse. La existencia de la prohibición, de la regla, del tabú, en el pensamiento individualista de Bataille garantiza la posibilidad de transgredir, es decir, la posibilidad de alcanzar la soberanía, la propia totalidad. Esta salida o forma de superación de la animalidad, de adquisición de la categoría más elevada de lo humano, es atributo de individuos o de minorías, por definición. Es para mí una de conclusiones más moralizadoras de esta parte del pensamiento de Bataille. Ella excluye de hecho que una civilización, una sociedad, de *cualquier clase*, alcancen globalmente la plenitud, forjen una vida soberana para todos los seres que las componen, ella condena al sector mayoritario de toda comunidad a vivir siempre enajenado de una parte esencial de su ser. El cuerpo social obedecerá siempre a la regla que ha creado, no se rebelará, y, cuando lo haga, será sólo para entronizar

nuevas reglas y prohibiciones, de modo que la *mayoría*, por antonomasia, será una humanidad disminuida y mediatizada, cualitativamente inferior respecto de esos escasos seres que osan asumir el Mal. Es la lúgubre convicción implícita en párrafos como éste: *La humanidad persigue dos fines, uno de los cuales, negativo, es conservar la vida (evitar la muerte) y el otro, positivo, es aumentar su intensidad. Estos dos fines no son contradictorios. Pero la intensidad jamás se ha aumentado sin peligro; la intensidad deseada por la mayoría (o el cuerpo social) está subordinada a la preocupación por mantener la vida y sus obras, que posee una primacía indiscutida. Pero cuando es buscada por las minorías o los individuos, puede ser buscada sin esperanza, más allá del deseo de perdurar.* Elitista, minoritaria, aristocrática: es una acusación que ha recaído con, frecuencia sobre la teoría de Bataille. Pero, a fin de cuentas, él no postula «un programa de acción» sino una lectura de algo que ve escrito en la realidad. Además, no es tan sencillo establecer una jerarquía entre esas dos formas de conducta. Alcanzar la plenitud humana asumiendo cuanto antes la muerte o vivir en una cierta segregación del ser para, a la larga, morir de todos modos: son las opciones entre las que se debate el hombre en esta filosofía trágica que justifica la muerte en nombre de la vida y el Mal en nombre del Bien.

Las nociones de rebelión, de soberanía, de irracionalidad y del Mal se mezclan en la concepción de la literatura de Bataille. Es el territorio donde me siento más cerca de él, en el que lo respeto más. La idea que me parece constituir la raíz de esta concepción es la siguiente: la literatura puede expresar *toda* la experiencia humana, pero, fundamentalmente, expresa la «parte maldita» de esa experiencia, es el vehículo más eficaz y certero, el menos tramposo, que tiene ese lado combatido y deformado por la sociedad, para ser dicho y entendido. La literatura existe porque el hombre es infeliz y se siente cercenado y porque hay en él íntimo rechazo de esta condición. Este íntimo rechazo de la coacción que instaura la vida social es lo que Bataille llama la ambición de la soberanía, el llamado del Mal: «La enseñanza de *Wuthering Heights*, la de tragedia griega —y en realidad la de cualquier religión—, es que existe un arrebató de divina embriaguez que el mundo de los cálculos no puede soportar. Este impulso es contrario al Bien». Es este impulso el que encuentra expresión en toda literatura auténtica. Así, el corazón de la creación literaria es un acto de rebeldía, un afán de recuperación de la cara oculta de la vida: el Mal (lo irracional, lo instintivo, lo gratuito, lo lujoso, lo mortal). Sólo la literatura es capaz de *poner al descubierto el mecanismo de la transgresión de la ley (sin transgresión, la ley no tendría finalidad), independientemente de un orden que haya que crear.* La literatura goza de este privilegio porque se trata de una actividad individual y por la influencia decisiva que tiene en la creación lo irracional (en ella, las obsesiones son más importantes que las convicciones): es un quehacer espontáneo, no enteramente gobernable por el cálculo del interés, una actividad egoísta, es decir desinteresada (indiferente) en términos sociales. No tiene nada que perder (ella expresa la cólera o

el dolor ante lo que el hombre *ha perdido*); por eso está en condiciones de decirlo *todo*, y, principalmente, aquello que a la sociedad —el reino de la razón, de la duración, del Bien— no le conviene que se diga. Para cualquier sociedad, por eso, toda literatura auténtica significa siempre una amenaza: *La literatura representa incluso, lo mismo que la transgresión de la ley moral, un peligro. Al ser inorgánica, es irresponsable. Nada pesa sobre ella. Puede decirlo todo.*

Se comprende, a la luz de estas ideas, lo difícil que será el ejercicio de una actividad fundada en la insumisión, en lo irracional y en lo individual, en una sociedad construida básicamente sobre lo racional y lo colectivo como la socialista. Creo que nadie ha explicado mejor que Bataille (en su ensayo sobre Kafka) la tirantez que ha caracterizado hasta ahora las relaciones entre el poder socialista y la literatura: *Aparentemente la actividad eficaz, elevada al rigor de un sistema basado en la razón, que es el comunismo, es la solución para todos los problemas, pero en cambio no puede ni condenar por completo, ni tolerar en la práctica, la actitud propiamente autónoma, soberana, en la que el momento presente se desliga de todos los que vendrán después. Esta dificultad es grande para un partido que sólo respeta la razón, que no percibe en los valores irracionales —gracias a los que nacen la vida como lujo, lo inútil y lo infantil— más que el interés particular que en ellos se esconde. La única actitud soberana admitida en el marco del consumismo es la del niño, pero ésta es su forma menar. Se admite que los niños no pueden elevarse a la seriedad del adulto. Pero el adulto que concede un sentido primordial a lo infantil, que ejerce la literatura con el sentimiento de tocar el valor supremo, no tiene sitio en la sociedad comunista.*

Hay, sin duda, una fuerte dosis de romanticismo en la idea que se hacía Bataille de la literatura. Se hace sobre todo evidente —pues la tendencia se acentúa— cuando habla de la poesía. Bataille hubiera aceptado sin vacilar la fórmula platónica: el poeta no sabe lo que dice. Para él, el poeta era la negación de la razón, de la responsabilidad, en otras palabras el Mal (o la inocencia) en estado puro. Por eso mismo, nada tan ajeno a Bataille como la idea de una poesía «comprometida» socialmente, o de una militancia política «constructiva» por parte del poeta. Todo lo contrario: para él, el poeta es el adversario, la contradicción del poder. Lo da a entender claramente, hablando de Blake: *Una conformidad general de la vida de un poeta con la razón, iría en contra de la autenticidad de la poesía. Por lo menos le quitaría a la obra un carácter irreductible, una violencia soberana, sin los cuales la poesía está mutilada. El auténtico poeta está en el mundo como mi niño; puede, lo mismo que Blake o que un niño, gozar de un innegable buen sentido, pero el gobierno de los asuntos no podría confiársele.*

Las ideas de Bataille sobre literatura —expuestas, principalmente, en *La literatura y el mal* (1957), compilación de ensayos, todos excelentes, sobre una serie de escritores malditos (Sade, Baudelaire, Blake, Genet) y otros a los que dio una lectura maldita (Emily Bronte, Michelet, Kafka)— me parecen muy lúcidas y las

comparto casi enteramente. Pienso que son supuestos indispensables para cualquier aproximación al fenómeno literario, admitir que un sentimiento de rebelión anida en toda vocación literaria e impregna toda literatura auténtica, que la influencia de lo irracional es decisiva en la creación y que la literatura es medio de comunicación, sobre todo, de experiencias negativas, o, como diría Bataille, «malditas». Mi única discrepancia está en que esta última seguridad tenía para Bataille un carácter excesivamente restrictivo y entrañaba una especie de modestia. Es verdad que la literatura expresa principalmente el Mal, pero Bataille, aunque no en teoría, en la práctica parecía convencido de que sólo debía expresar el Mal. Creo que junto con una vocación maldita hay en toda literatura auténtica, tan poderosa como aquélla, una ambición desmesurada, una aspiración decidida a rehacer críticamente la realidad, a contradecir la creación en su integridad, a enfrentar a la vida una imagen verbal que la exprese y niegue *totalmente*. Esta representación está casi siempre levantada a partir de esa masa de experiencias que Bataille denomina el Mal (las obsesiones, las frustraciones, el dolor, el vicio), pero es más grande y más profunda en la medida en que consigue acercarse más, a partir de esa negatividad que la sostiene, a la totalidad humana, y da una visión más completa de la vida, tanto individual como social (tanto del Bien como del Mal).

Eso que limita la concepción de la literatura de Bataille aparece, de manera flagrante, en las ficciones que escribió. En ellas, el afán de transgredir y de destruir es más fuerte que el de crear y el de construir (y en la novela la rebeldía consiste en destruir construyendo, en negar afirmando, en atrapar dentro de una estructura racional a lo irracional) y su visión del árbol es tan hipnótica y excluyente que a menudo desaparece el bosque. El resultado es siempre (aun en la más hecha de sus novelas: *Le bleu du ciel*) un mundo en el que el hombre está tan recortado como, en la vida social, el hombre-masa —sólo que de la otra cara de su ser— y en el que la representación de la vida, aunque inquietante, es mínima y hasta algo falaz. Estoy tratando de decir con esto que Bataille fue un novelista interesante pero no importante. Practicó como creador, con una consecuencia escrupulosa, lo que, como crítico, vio siempre en la literatura: una expresión de la «parte maldita» de lo humano. No deploro que hiciera esto, sino que hiciera *únicamente* esto, porque su testimonio de la vida, aunque original y valeroso, al dar cuenta en sus relatos exclusivamente de lo prohibido y de lo atroz, es también fragmentario y aun paródico. El hombre es sinrazón, abyección latente, instinto de muerte, desdicha y soledad, pero, al mismo tiempo, es razón y sentimiento, goce y generosidad, impulso solidario e instinto de vida.

Escribió sus primeras novelas cuando estaba todavía algo ligado al surrealismo, el que, recordemos, despreció olímpicamente el género novelesco (hasta en eso asoma el espíritu rebelde de Bataille). Todas ellas producen, de entrada, un desconcierto «formal», por su miseria estilística, la rudeza de su construcción, su aspecto de ficciones salvajes, de narrativa en estado bruto. Había en ello, naturalmente,

premeditación: ninguna complacencia «literaria» debía aguar la materia infernal de esos textos en los que Bataille vuelca, con la mayor pureza y objetividad, su subjetividad: sus obsesiones, su locura. Lo onírico, lo erótico, lo absurdo monopolizan las historias que suceden, siempre, en ámbitos irracionales, enrarecidos de aire malsano, y en ellas abundan los motivos y la utilería de la literatura negra, en particular la novela gótica inglesa. Breves, angustiosas, narradas todas en primera persona por un narrador desesperado y narcisista, y de un intelectualismo que no consiguen enmascarar el empeñoso empobrecimiento retórico, el querido rudimentarismo de la estructura, mi impresión es que, para estas ficciones, la luz del día, el tácito consentimiento de la ciudad, resultan dañinos: deben ser leídas (gustadas) en la clandestinidad, en el pecaminoso desván o en los infiernos de las Bibliotecas. Cuando Bataille publicó *L'histoire de l'oeil* (con el seudónimo de Lord Auch), era un respetable funcionario de la Biblioteca Nacional: escribir esos horrores (o leerlos) entrañaba un riesgo tal de desprestigio que eso, de por sí, prestigiaba la empresa. Los tiempos han cambiado y en esta época (hablo, claro está, de los países sin censura) a medida que va adquiriendo carta de ciudadanía, lo terrible va dejando de serlo, los gestos espantosos a medida que todos los repiten se convierten en una mímica frívola. Presiento que las novelas de Bataille son, del rico árbol que es su obra, la rama que se marchitará primero.

En sus relatos, la demencia sexual suele ser tan importante como el frenesí blasfematorio y el furor homicida. Pero, en el primero, *L'histoire de l'oeil* (es el que prefiero), este exceso está como aliviado por la frescura juvenil, el dinamismo un poco risueño (es el único texto en toda la obra de Bataille que consiente este adjetivo) de los protagonistas, en cuya ferocidad viciosa se transparenta una voluntad de goce, de amor a la vida, que en cierto modo los redime y humaniza. En ese relato, además, hay una dimensión simbólica, que resulta hechicera: uno adivina, a ratos, como una construcción emblemática, un laberinto cifrado que se va armando en torno a ciertos objetos (el ojo, el huevo), que mantienen misteriosas correspondencias y que ejercen una extraña tiranía sobre la vida de los protagonistas, pero cuyas claves no acaban jamás de revelarse. En los otros, el clima y el tono son siempre lúgubres, de una desoladora tristeza y, a veces (estoy pensando en *L'Abbé C*), de una monotonía tenaz. En todo caso, es preciso tener en cuenta una situación curiosa. Para Bataille, aunque había abandonado el catolicismo desde joven, la religión, el misticismo, lo sagrado, fueron siempre realidades vividas y operantes, no objetos de estudio; él siempre se negó a hablar de las cosas desde afuera, como un especialista (he ahí su objeción principal contra los sexólogos como Kinsley) y ser un no creyente es una deficiencia considerable para medir, en sus términos justos, la agresividad y la anomalía de sus ficciones. Sus blasfemias, enormes, sólo pueden ser cabalmente apreciadas por el creyente; para quien no lo es resultan, a veces, disfuerzos, truculencias. La imagen del Ser Supremo convertido en una prostituta desalada y vulgar, que se contorsiona a la luz de la luna sobre los adoquines de la Porte Saint-Denis, de *Madame Edwarda*, o

la misa sacrílega y criminal que clausura *L'histoire de l'oeil* (en Sevilla, nada menos), sólo pueden ser calibradas, en todo su poder revulsivo, por aquel a quien escandalizan u ofenden en su fe: al incrédulo lo dejan frío y con un gusto de cosa pasada de moda entre los labios. Cuando Bataille describe la relación apasionada y destructiva entre una madre y el hijo al que corrompe (*Ma Mere*) y las complicadas combinaciones en que se traduce el insaciable apetito de depravación que ambos comparten, es difícil no sentirse, ante esa compacta condensación de sucio horror, conmovido. Pero aun en esos casos, los relatos de Bataille incurren en cierto vicio característico de toda literatura maldita: la reiteración maniática. Creo que era consciente de ello; en una nota de presentación a *Le bleu du ciel* —indicando que publicaba el libro por presión de sus amigos— escribió que no pretendía insinuar *que un sobresalto de rabia o que la prueba del sufrimiento bastaran por sí solos para asegurar a los relatos su poder de revelación*. Es exacto: en sus relatos uno puede palpar el furor y el sufrimiento de quien los ha escrito, y eso les otorga valor documental, riqueza psicológica indudable. Pero la verdad desnuda, la honestidad, no bastan a la literatura. En ella, desnudez y honestidad sólo pueden hacerse manifiestas a través del disfraz (la elaboración verbal) y la trampa (un orden de composición, una estructura). Puede fomentar un malentendido a este respecto el que, luego de la muerte de Bataille, haya habido una tentativa de apropiación de su obra por parte de la vanguardia literaria francesa: se lo presenta como el fundador del experimento textual, como el padre del formalismo novísimo. En realidad, fue la negación más acérrima de todo lo que pueda significar «experimento lingüístico», «búsqueda formal». Como creador quiso ser, a toda costa, espontáneo y primitivo (sus textos deben mucho a la escritura automática y a la propensión onírica del surrealismo de su juventud) y con esto no estoy tratando, tampoco, de recuperar las ficciones de Bataille para la tradición: sólo señalando la que me parece razón de su pobreza.

En realidad, el mejor Bataille está en los ensayos. Ninguno más adecuado para ver en acción la agudeza luciferina de su inteligencia y lo creativas que podían ser sus teorías cuando se encarnaban en un tema concreto, que su acercamiento a Gilles de Rais. Se trata de uno de los encuentros más afortunados de la literatura moderna, es como si ambos hubieran nacido para, en algún momento, coincidir. En el apocalíptico personaje de la Edad Media, Bataille encontró, hechas carne y hueso y vividas en su límite más extremo, algunas de sus tesis. He aquí un caso extraordinario en el que los pobladores de la jaula humana, los ángeles y demonios, pueden ser observados, tocados, y medida, en toda su ambivalencia lo que es el hombre. Gilles de Rais fue un monstruo absoluto sólo en la leyenda; en la realidad fue, también, un temerario Mariscal que luchó por Francia junto a Juana de Arco, un sensitivo que amaba el canto gregoriano hasta las lágrimas, un católico que, aun en sus momentos de bestialidad más sanguinaria, conservó la fe, y en quien el arrepentimiento por sus crímenes, antes de morir, no sólo fue espectacular sino, seguramente, sincero. Y he aquí lo que ocurre cuando un hombre tiene poder suficiente para transgredir las

prohibiciones de la ciudad, para violentar las puertas del reino de la razón y dejar escapar al animal que lo habita: filas de niños secuestrados, sodomizados y degollados; orgías que dan vértigo; grotescas ceremonias de medianoche, en los claros del bosque, convocando al demonio. El análisis de Bataille no es moralizador sino didáctico, de una escrupulosa limpieza; nadie podría acusarlo de manipular la historia de Gilles de Rais para que ilustrara mejor sus creencias. Ante todo, muestra con prolijidad el contexto histórico sin el cual los crímenes del Mariscal serían incomprensibles (*Los crímenes de Gilles de Rais son los del mundo en el que los cometió*). Aquél vivió en una sociedad donde la nobleza confería una superioridad semidivina, un derecho casi ilimitado para la materialización de los deseos. Y las formas de vida de los tiempos —guerras, torneos— estimulaban, justamente, los deseos de sangre y de crimen. Cuando Gilles de Rais combatía junto a Juana de Arco pudo cometer más atrocidades que después, para su placer individual, y ser celebrado y premiado por ello. La guerra debió fijar esa costumbre de matar, coaligarla a otra anterior, la pederastia, y un gran noble bretón del siglo xv tenía los medios para hacer realidad sus fantasías. Uno de los datos más escalofriantes del estudio de Bataille es saber que lo único que perdió a Gilles de Rais fue haber llegado a la bancarrota; otros crímenes, acaso peores que los suyos, de quienes conservaron su dinero hasta el final de sus días, ni siquiera pudieron ser conocidos. Pero el ensayo de Bataille muestra también los límites de una interpretación exclusivamente social. El contexto histórico es indispensable para explicar el caso Gilles de Rais, pero asimismo insuficiente. De todos los nobles que guerrearon, que tuvieron poder y riqueza, sólo uno siguió la escabrosa trayectoria del señor de Machecoul. Hay una comarca en ese ser que la realidad de su tiempo no consigue iluminar, porque no era producto de la praxis histórica ni reflejo del sistema dominante, que pertenecía a la noche humana, ese reducto permanente, común a la especie, a la que ésta debe su terrible singularidad. El deseo de alcanzar la plenitud, la soberanía, la total libertad, congénito al hombre, sólo puede ser plenamente aplacado al precio de hecatombes que desaparecerían la vida. ¿Cómo, entonces, lograr el lícito designio de perpetuar la existencia y al mismo tiempo enriquecerla, «intensificarla»? La respuesta de Bataille parece ser: mediante un precario, polémico equilibrio entre el todo social y el individuo, en el que aquél controle pero no mate el espíritu de rebelión y la voluntad de ruptura —de dilapidación, de lujo—, porque eso significaría devolver al hombre a la animalidad, y en el que este espíritu pueda vivir manifestándose, luchando en pos de la soberanía, sin obtenerla nunca totalmente, porque alcanzarla traería el holocausto de la vida. Ésa es la implacable advertencia contenida en la obra de Bataille: en cada uno de nosotros, amordazado y sujeto por las convenciones de la comunidad que nos rodea, acecha jadeante el paso de los niños de rizos dorados, el puñal en el aire, la mano en la bragueta, un secreto Gilles de Rais.

Mario Vargas Llosa.
Barcelona, abril 1972.

EL MONSTRUO SAGRADO

Giles de Rais debe su gloria duradera a sus crímenes. Pero ¿fue realmente, como se dijo, el *más abyecto de los criminales de todos los tiempos*? En principio, esa afirmación aventurada es difícil de sostener. El crimen es algo propio de la especie humana, es incluso propio exclusivamente de esta especie, pero, sobre todo, es su aspecto secreto, su aspecto impenetrable y oculto. El crimen se esconde, y lo que de él se nos escapa es lo más horrible. En la noche que propone a nuestro miedo, debemos imaginar lo peor. Lo peor siempre es posible; e incluso, en el caso del crimen, lo peor es su sentido más profundo.

Por esa razón, la leyenda, la mitología, la literatura, ante todo la literatura trágica, más que los propios crímenes reales, son las que nos revelan sus auténticas dimensiones. Nunca debemos olvidar que han sido los aspectos legendarios del crimen los que han gritado su verdad.

Dicho esto, no podemos abordar la historia de Gilles de Rais sin concederle un valor privilegiado. En última instancia, no podemos evitar el poder de evocación que se debe a la realidad cotidiana. Y ante los crímenes de Gilles de Rais tenemos la impresión, aun cuando resulte engañosa, de encontramos ante una cima. Su nobleza, su inmensa fortuna y sus relevantes hechos, su ejecución ante una multitud escandalizada, turbada, no obstante, por tantas revelaciones, lágrimas y remordimientos, acabaron por crearle una apoteosis.

Seguramente nada justifica hasta el final el sentimiento de la multitud que acudió al suplicio. Gilles de Rais no era más que un soldado brutal, un gran señor sin moderación, sin escrúpulos. Nada había en él que mereciese la simpatía final de aquella multitud. Por lo menos, su violencia justifica la extrañeza que provocó una pasión sin cálculo y como desenfrenada. Efectivamente, a la violencia enferma del vicio, que condujo al criminal a tantos asesinatos, respondió la violencia del remordimiento. La emoción popular fue la contrapartida del exceso que había regido un destino al que el cálculo nunca refrenó. Gilles de Rais fue un criminal trágico: el principio de ta tragedia es el crimen, y aquel criminal fue, más que otro, quizá más que ningún otro, un personaje de tragedia.

Hemos de representarnos aquellas inmolaciones de niños, que fueron multiplicándose. Imaginemos un terror casi silencioso: no dejó de crecer, pero, por

miedo a las represalias, los padres de las víctimas vacilaban a la hora de hablar. Aquella angustia era propia de un mundo feudal, sobre el que se extendía la sombra de colosales fortalezas. Hoy, las ruinas de dichas fortalezas atraen a los turistas: entonces, eran monstruosas prisiones y sus murales evocaban los suplicios, cuyos gritos a veces sofocaban. Ante aquellos castillos de Gilles de Rais, propios de cuentos de hadas, a los que poco después las gentes dieron el nombre de castillos de Barba Azul, debemos recordar aquellas carnicerías de niños, que no estuvieron presididas por hadas malévolas, sino por un hombre ávido de sangre. Sus crímenes corresponden al inmenso desorden que lo excitaba —que lo excitaba y lo extraviaba—. Sabemos incluso, por la confesión del criminal, que los escribanos del proceso redactaron mientras lo escuchaban, que lo esencial de ellos no era la voluptuosidad. Es cierto que sentado sobre su víctima, masturbándose, vertía sobre el moribundo la fuente de la vida; pero le interesaba menos gozar sexualmente que ver la muerte en acción. Le gustaba mirar: mandaba abrir el cuerpo, cortar el cuello, despedazar los miembros, le gustaba ver la sangre.

Sólo le faltaba una última satisfacción. Gilles de Rais soñaba con ser un personaje soberano. Era mariscal de Francia y, después de la victoria de Orleáns y de la consagración, consiguió que se le concediesen armas casi reales. Cabalgaba precedido de una escolta real, acompañado de una «casa eclesiástica». Un heraldo de armas, doscientos hombres y trompetas lo anunciaban; los canónigos de su capilla, una especie de obispo, sochantres, los niños de su dominio formaban a caballo un cortejo en su honor que resplandecía con los más ricos ornamentos. Gilles de Rais quiso aparecer deslumbrante, hasta el punto de derrochar hasta la ruina. Como tuvo que hacer frente a las necesidades que su delirio creaba, liquidó sin miramientos, una inmensa fortuna. Su propensión a gastar se basaba en algo demente; costaba grandes representaciones teatrales, acompañadas de repartos de manjares y bebidas. Tenía que fascinar a toda costa, pero, en ese orden de cosas, carecía de lo que muchas veces falta al criminal, que le hace apreciar, en la confesión, la ostentación de la que necesariamente debería haber escondido: *sus crímenes*.

El crimen, evidentemente, requiere la noche; sin ella, el crimen no sería el crimen, pero el horror de la noche, por muy profunda que sea, aspira al esplendor del sol.

Algo faltaba en los sacrificios de los aztecas, que se producían en la misma época que los asesinatos de Rais. Los aztecas mataban en las cimas de las pirámides, al sol: les faltaba la consagración que produce el odio hacia el día, el deseo de la noche.

A la inversa, en el crimen se da siempre, esencialmente, una posibilidad teatral que exige que el criminal sea desenmascarado, por lo que el criminal no goza hasta que, por fin, queda desenmascarado.

Gilles de Rais sentía pasión por el teatro: de la confesión de sus torpezas, de sus lágrimas y de remordimientos obtuvo el momento patético de la ejecución. Al parecer, la multitud reunida para verlo quedó helada ante su remordimiento, ante el perdón que el gran señor pedía humildemente a los padres de sus víctimas. Gilles de

Rais quiso preceder en la muerte a dos de sus cómplices: así exhibió su muerte, ahorcado y quemado, ante aquellos personajes sangrientos, quienes lo habían asistido en sus carnicerías, uno de los cuales, por lo menos, había conocido su abrazo carnal: ellos lo habían visto durante mucho tiempo revolcarse en un horror sin fin; y, en aquel momento, era para ellos el «monstruo sagrado» en que se convirtió, al instante, para la multitud.

Durante su vida, el exhibicionismo de Gilles de Rais se satisfizo con la presencia de un pequeño número de testigos, sus cómplices: Sillé, Briqueville, Henriet, Poitou, algunos otros... pero fue con el sentido espasmódico de su muerte y de sus confesiones: estrangulado, ahorcado, como apareció ante la multitud en la hoguera que el verdugo encendió.

Ante todo. Gilles de Rais fue el héroe trágico, el héroe shakespeariano, cuyo carácter evoca, quizás, con la misma fuerza que su proceso la siguiente frase de una memoria jurídica (el texto en que figura dicha frase se publicó con el título de *Memoria de los herederos* y fue redactado por encargo de la familia, que, después de su muerte, quería probar que había dilapidado su fortuna pródigamente): «*Todo el mundo sabía que su prodigalidad era notoria, que no tenía sentido ni entendimiento, pues, efectivamente, muchas veces se le alteraba el sentido y, con frecuencia, salía por la mañana muy temprano y se iba solo por las calles, y cuando le hacían ver que eso no estaba bien, su respuesta era más propia de un loco e insensato que de un cuerdo*^[1]». Por lo demás, él mismo tuvo conciencia de su carácter monstruoso. Según decía, había «nacido bajo el signo de tal constelación, que era imposible apreciar sin inconveniente las acciones ilícitas que cometía». Uno de los que lo asistieron en sus horrores le oyó decir «que ningún hombre vivo pudo saber jamás lo que hacía». Ahora bien, su estrella le conducía a actuar de aquella manera... Seguramente hizo de sí mismo una representación supersticiosa, como si fuese de una naturaleza diferente, como si, a su manera, fuese un ser sobrenatural, asistido por Dios y por el diablo. Víctima del mundo profano, del mundo real, que, desde el nacimiento, lo había colmado con sus favores, pero que no lo sostuvo hasta el final. Estaba convencido de que, a la primera solicitud, el diablo acudiría, volaría en su ayuda. A través del crimen, pero también de la constancia de su devoción, tuvo la impresión de que pertenecía al mundo sagrado, el cual no podía de ninguna manera negarle su ayuda. ¡El diablo repararía las injusticias que habían cometido con él, y que se debían, en realidad, a su imprudencia! Pero aquel recurrir al diablo acabó por empobrecerlo; lo dejó a merced de charlatanes que explotaron su credulidad. Su tragedia fue la de un doctor Fausto, pero de un Fausto infantil. Efectivamente, ante el diablo aquel monstruo temblaba. El diablo, última esperanza del criminal, no sólo lo dejaba temblando, sino que le inspiraba un miedo risible, devoto. El único recurso que le dejaba era el de rezar.

El monstruo estaba cubierto de sangre, pero era pusilánime.

Hasta el final, Rais, con sorprendente impudor, pensó que se salvaría y que, a

pesar de sus crímenes abominables, escaparía de los llamas del infierno, en las que creía con la fe del carbonero. Aunque invocase al demonio y esperase de él la recuperación de su buena fortuna, hasta el final fue, ingenuamente, devoto y buen cristiano. Pocos meses antes de su muerte, estando todavía en libertad, se confesaba y se acercaba a la Santa Mesa. Llegó incluso a tener, en aquella ocasión, un gesto de humildad; en la iglesia de Machecoul el pueblo llano se apartó para dejar sitio al gran señor. Gilles no lo aceptó: pidió a las pobres gentes que permaneciesen cerca de él. Era la época en que, a veces, la angustia le atenazaba la garganta y quería renunciar a sus, orgías sangrientas. Por eso, decidió marcharse lejos, ir a Jerusalén a llorar ante el Santo Sepulcro.

Soñó con un viaje interminable que lo salvaría... Pero se contentó con la intención. Estaba endurecido y, todavía en los últimos días que pasó en libertad, seguía abriendo gargantas de niños.

Ese desorden puede coexistir con el cristianismo más auténtico, siempre dispuesto a perdonar el crimen, aun el más atroz, aun el de Gilles de Rais. Tal vez, en el fondo, aquél exija el crimen, exija el horror: en cierto sentido, los necesita para poder perdonarlos. Así es, pienso, cómo debe entenderse la exclamación de San Agustín: *Félix culpa!* ¡Dichosa falta!, que alcanza todo su sentido ante el crimen inexpiable. El cristianismo consiente una humanidad cargada de ese exceso delirante, que sólo el propio cristianismo ha permitido soportar. Y, sin la suma violencia de los crímenes del señor de Rais, ¿podríamos entender el cristianismo?

Es posible que el cristianismo se vincule, sobre todo, a la humanidad arcaica, aquél a que se abría sin obstáculos a la violencia. Por este motivo, en sus crímenes y en su insensato cristianismo, debemos ver uno de los perfiles del arcaísmo de este hombre que «salía por la mañana muy temprano y se iba solo por las calles...».

BARBA AZUL Y GILLES DE RAIS

No me parece que el cristianismo exija ante todo el dominio de la razón. Incluso, sabe pensar que no ambiciona un mundo sin violencia. Ya que asigna una función a la violencia; lo que busca es la fuerza del alma, sin la cual no se podría soportar la violencia. En última instancia, las contradicciones de Gilles de Rais resumen la situación cristiana arcaica, y no debe sorprendernos esa comedia que significó el hecho de que estrangulase a todos los niños que pudo, que se entregase al demonio, y que, al mismo tiempo, preservara la salud de su alma eterna... Fuese como fuere, estamos en los antípodas de la razón. Nada de lo referente a Gilles de Rais fue racional. Desde cualquier punto de vista, fue monstruoso. El recuerdo que dejó fue el de un monstruo de leyenda. Efectivamente, en las regiones donde vivió, dicho recuerdo se confundió con la leyenda de Barba Azul. El Barba Azul de Perrault y el Barba Azul a quien los habitantes de Anjou, de Poitou y de Bretaña atribuyeron posteriormente los castillos de Machecoul, de Tiffauges y de Champtocé, no tienen nada en común. Nada de la vida de Gilles de Rais correspondió a la cámara prohibida o a la llave manchada, nada al acecho de sor Ana en lo alto de la torre. Por lo demás, en el terreno de la leyenda no podemos esperar ninguna lógica. La imaginación popular atribuyó a Barba Azul los castillos y los crímenes de Gilles de Rais, sin otro sentido que el del paso de un personaje real a un ser legendario, de acuerdo con aquel monstruoso pasado que la memoria encuentra siempre mayor dificultad en evocar. No tenemos por qué preocuparnos aquí de lo que fue, en su conjunto, en sus diferentes versiones, a veces contradictorias, el cuento de Barba Azul^[2]. Concretamente, ninguna importancia tiene saber si este personaje procede de Bretaña. Michelet y otros así lo creyeron. Pero, al hablar de Gilles de Rais, sólo tenemos que tener en cuenta la tradición que a él se refiere. El padre Bossard, que nos dejó la obra más seria sobre este criminal, estableció esta tradición y supo darle a tiempo toda la precisión posible.

De forma que, a partir de su trabajo, podemos afirmar que allí donde Gilles de Rais vivió se lo identificó con Barba Azul. Es sorprendente, enojoso incluso en cierto sentido, que un recuerdo tan diabólico encontrase popularmente una expresión tan justa. Efectivamente, la historia no está en iguales condiciones que la leyenda: solamente esta última puede evocar los aspectos del crimen irreductibles a los límites del mundo familiar. Así, pues, no disponemos de otra forma de revelar el terror y el exceso que encierra la figura de Gilles de Rais que la de identificarlo, como hicieron las pobres gentes de los campos, con el nombre de Barba Azul. No volveré a hablar de los hechos concretos hasta después de haber insistido en este aspecto. Quisiera conseguir que resplandeciese esta primera verdad: generalmente lo que interesa del personaje de Gilles de Rais es lo que enlaza con la monstruosidad que, con el nombre de pesadilla, el ser humano lleva dentro de sí desde su más tierna infancia. Para

empezar he hablado de «monstruo sagrado», pero antiguamente las pobres gentes, de forma más sencilla, le dieron el nombre de Barba Azul.

Hacia 1880 el padre Bossard recogió metódicamente de la tradición local los siguientes datos: «No hay madre o nodriza —nos dice^[3], que en sus relatos se equivoque sobre los lugares que habitaba Barba Azul: las ruinas de los castillos de Tiffauges, de Champtocé, de La Verrière, de Machecoul, de Pornic, de Saint-Étienne-de-Mermorte y de Pouzauges, todos ellos pertenecientes a Gilles de Rais y considerados como los lugares donde vivió Barba Azul». En algunas ocasiones el padre Bossard se mostró ingenuo, pero, en este punto, quiso proceder con detenimiento. Precisa: «Muchos fueron los viejos que interrogamos por los alrededores de Tiffauges, de Machecoul o de Champtocé; sus relatos eran unánimes: el auténtico Barba Azul fue o sigue siendo o bien el señor de Tiffauges, o bien el señor de Machecoul, o el de Champtocé». Y concluye: «¡Cuántas veces, con la secreta intención de debilitar su convicción y de turbar su creencia, intentamos embrollar sus recuerdos y hacerles adoptar una opinión que no era la nuestra!». «Os equivocáis —decíamos—. Barba Azul no era ni señor de Champtocé, ni señor de Machecoul, ni señor de Tiffauges». A unos les decíamos: «Vivía en Mortagne o en Clisson», a otros: «Champtoceaux», por último, a otros, ciertas ruinas muy conocidas de los alrededores. En todos los casos, se producía la misma sorpresa, seguida inmediatamente por el mismo aire de incredulidad y por la misma respuesta: Barba Azul vivió, según los habitantes de Vendée, en Tiffauges; según los habitantes de Anjou, en Champtocé; según los habitantes de Bretaña, en Machecoul... Escuchamos a viejos más que nonagenarios; nos afirmaron que sus relatos procedían de viejos de generaciones anteriores. Vamos a citar solamente el caso de Tiffauges, cuyas tradiciones nos son más familiares que las demás: para los habitantes de la región el terrible barón sigue vivo y allí, ya no, es cierto, con los rasgos primitivos de Gilles de Rais, sino con la fisonomía sombría y legendaria de Barba Azul. Un día, al recorrer las ruinas del castillo, nos encontramos en el malecón roto del estanque de Crême, al pie de la gran torre, a un grupo de turistas sentados en la hierba; en el centro una vieja de la región estaba hablando de Barba Azul. Esa mujer todavía vive; nació en el recinto de la fortaleza, donde vivía su familia desde hacía tres siglos, hasta 1850 aproximadamente, época en que se trasladó a la ciudad. Su hermana, más anciana que ella, confirmó después todas las informaciones que aquel día recibimos, hasta las más precisas... Sin lugar a dudas, Barba Azul fue el señor de aquel castillo; así se lo habían dicho siempre sus padres, quienes lo transmitían de sus propios antepasados. «Y fíjense —añadió de repente—, vengan, que les voy a conducir hasta la propia habitación donde solía estrangular a los niños».

«Subimos la colina, antiguamente abrupta y en la actualidad inclinada por los restos de torres derruidas; nos conducía en línea recta hacia el pie de la fortaleza e indicándonos con el dedo una puertecita colocada muy arriba, en el ángulo formado por dos enormes caras de mural as: “Es aquella habitación”, dijo. “Pero ¿cómo lo

sabe usted?”. “Mis ancianos padres así lo dijeron siempre y ellos lo sabían bien. Antiguamente, había una escalera que conducía hasta allí y, cuando yo era joven, subí muchas veces; pero la escalera se derrumbó y la propia habitación está casi repleta de los escombros de las murallas y de la bóveda”».

De acuerdo con esto, el mariscal de Rais persistió en la memoria de la población en forma de un monstruo llamado Barba Azul. Unas veces Barba Azul es pues un Gilles de Rais del que solamente ha cambiado el nombre. Otras veces ha quedado teñido con la Barba Azul de la leyenda más corriente: «Los habitantes de Vendée —añade el padre Bossart—, imaginan que la habitación fúnebre, donde están colgadas las siete mujeres de Barba Azul, existe todavía en un lugar escondido del castillo de Tiffauges, sólo que la escalera que a ella conducía se derrumbó con el tiempo y ¡pobre del turista curioso al que el azar lleva hasta allí! De repente, cae en un profundo abismo donde muere miserablemente. Por la noche, las gentes del pueblo evitan pasar por esas ruinas funestas, acechadas, como en la peor época, por la sombra inquieta y maligna de Barba Azul». No obstante, parece ser que la leyenda clásica se asoció en segundo lugar a esa tradición en la que sólo quedó cambiado esencialmente el nombre del personaje. «En Nantes —continúa el padre Bossard—, el pequeño monumento expiatorio que la piedad de Marie de Rais elevó en el lugar del suplicio de su padre siempre se conocía y designaba con el nombre de monumento a Barba Azul. Unos viejos de los alrededores de Clichon nos contaron que cuando, en su infancia, pasaban por delante de aquel pequeño edificio, sus padres les decían: “Aquí fue donde quemaron a Barba Azul”: no decían “Gilles de Rais”». Parece como si una historia tan excesiva no hubiese podido tener por héroe sino a un monstruo, un ser fuera de la humanidad común, al que solamente un nombre cargado de miasmas legendarias podía convenir. Barba Azul no podía ser uno de nuestros semejantes, sino un monstruo sagrado, al que no detuviesen los límites de la vida normal. El nombre de Barba Azul, mejor que el de Gilles de Rais, prolongó la sombra alojada en la imaginación de las pobres gentes^[4].

UNA VERDAD ESCANDALOSA

De acuerdo con los habitantes de Vendée y de Bretaña, que pronto dejaron de percibir en qué se distinguía Gilles de Rais de Barba Azul e, ingenuamente, lo confundieron con él, me he apresurado a mostrarlo en el aspecto de monstruo de leyenda, de ser fantástico que rebasaba los límites conocidos.

Ya es hora de superar esas primeras visiones que, al tratar las cosas en su conjunto, las presentan como producto de la imaginación popular, hecho que también hace la historia más detallada. Ahora van a ser puros detalles, más precisos, más concretos, con poca significación por sí mismos, que nos van a permitir conocer con menos vaguedad a esta figura turbadora. Me gustaría evocarlos sucesivamente, tal como los documentos los precisan; pienso que a veces su verdad es escandalosa, pero nunca niegan su carácter de «monstruo sagrado» que desde el primer momento se impuso con tanta fuerza, y de tantas formas.

En la pequeña ciudad de La Roche-Bernard, entre Vannes y Nantes, Gilles de Rais sale de la casa donde acaba de pasar la noche. Va acompañado por el niño cuya madre, Péronne Loessart, cometió la aberración de entregarlo, la víspera, a uno de los servidores del gran señor. A veces, Gilles de Rais se mostraba apacible, podía incluso ser familiar, pero el testimonio de Péronne Loessart en el proceso lo presenta en un momento de calma magnífico. Sale con el niño, quien seguramente va feliz, de haber dejado, la víspera, la pobreza de la casa. Después de haberlos visto salir, la madre se acerca; quizás se siente desgarrada; encomienda al niño de diez años a quien poco después Rais va a estrangular. *Sin dignarse a responder a la súplica de la madre y, dirigiéndose al servidor que ha capturado la presa, Gilles de Rais habla con sencillez, y tranquilidad; «Has escogido bien al niño», dice, y añade: «Es hermoso como un ángel». Pocos instantes después, caracoleando sobre un caballito, la inocente víctima se va con la escolta del ogro en dirección al castillo de Machecoul.*

Comprenderíamos mal a ese monstruo, cuya violencia se va a desencadenar dentro de poco, si no nos fijásemos primero en su aparente insensibilidad, en su indiferencia indolente, que, para empezar, lo sitúa aparte o por encima de los sentimientos de la humanidad media. Esa tranquilidad en espera de lo peor, que el testimonio de Péronne presenta con la ingenuidad más auténtica, ¿tiene acaso algo que ver con lo que va a seguir? ¡La congestión, la violencia de la bestia fiera! Añade congestión a la verdad y violencia a la monstruosidad soberana de aquél cuya grandeza aplastaba a quienes se le acercaban y que a veces se reía ingenuamente al ver los saltos y las contorsiones de los niños con la garganta abierta. ¿Hay algo más escandaloso que ese «hermoso como un ángel», pronunciado ante la madre y ante el niño que va a morir, ante el niño de diez años, por parte de quien poco después, sentado sobre el vientre de su víctima, se va a inclinar para verlo mejor, a fin de llegar hasta la cumbre del gozo extraído de su agonía?

El asesinato del hijo de Péronne Loessart ocurrió en Machecoul en septiembre de 1438. Entonces Gilles de Rais no era aún del todo la bestia acorralada en que se iba a convertir cada día un poco más. Pero en la primavera de 1440, ya no le quedaba dinero, los apoyos que subsistían lo esquivaban, aumentaba el rumor público que lo acusaba con sorda insistencia. Se trataba realmente de una bestia acorralada, que se cegaba e intentaba forzar la suerte: se apoderó a mano armada del castillo de Saint-Étienne-de-Mermorte que había vendido. Aquel gesto aberrante iba a provocar peligrosas represalias y, si tenía algún sentido, se debía al desorden y a la impotencia.

A partir de aquel momento, Gilles de Rais, ya sin otra salida que la muerte, fue perdiendo pie: se abandonó al naufragio ciegamente. Aquel día escondió en el bosque una compañía de sesenta hombres armados: al final de la misa penetró brutalmente en la iglesia con sus hombres blandiendo un hacha. Se arrojó entonces gritando sobre el hermano del comprador, eclesiástico encargado de la custodia del castillo. Gritó como un energúmeno, como un insensato, en el interior de la iglesia: *¡Ah, bellaco, has atacado a mis hombres injustamente! ¡Sal de la iglesia o te mato!*

Con exactitud de escribano, el informe del proceso, al transmitirnos de esta forma, en francés, ese estallido decisivo en aquel momento de aberración, revive con precisión casi perfecta un desenlace de tragedia. No podemos saber por qué Gilles de Rais sintió aquella brusca cólera, por qué de repente no pudo seguir soportando la situación resultante de la venta de sus castillos. Pero, al violar la santidad de la iglesia, al despreciar en pleno oficio la inmunidad eclesiástica de Jean Le Farrón, al desafiar, por último, la autoridad del duque de Bretaña —único apoyo que entonces le quedaba—, hacía su perdición inevitable: el proceso y la ejecución siguieron de cerca a la escena de Saint-Étienne-de-Mermorte. Gilles de Rais creyó disponer de un rehén, guardó a Jean Le Farrón en una celda, primero en Saint-Étienne y después en Tiffauges, pero solamente por su ingenuidad creyó ver una salida en lo que evidentemente no era sino un retroceso para saltar mejor. Es cierto que el duque de Bretaña tuvo que recurrir al condestable de Francia, que era el único que podía actuar fuera de Bretaña, en Tiffauges, en Poitou. Pero el condestable era el propio hermano del duque: con aquello el insensato ganó unas semanas. El episodio de Saint-Étienne se produjo el 15 de mayo de 1440 y el señor de Rais fue ejecutado el 26 de octubre. Los crímenes que se multiplicaban, las llamadas desesperadas al demonio, las extravagancias mis desafortunadas, todo colaboró a acelerar su perdición.

Sabemos que en un principio mostró ante sus jueces una insolencia desdeñosa. Su actitud no se debía a ningún cálculo, a ninguna habilidad: pasaba sin transición del insulto al hundimiento. El valor y la audacia con que afrontó el castigo y la muerte contrastaron con el terror pánico que le inspiraba el diablo. De ellos dio prueba en los combates. Pero, cuando no es sólo la muerte la que está en juego, como ocurre simplemente en la guerra, cuando el crimen y la expiación ponen en juego el significado de la tragedia, lo cual hace que ésta sea la expresión misma del destino, entonces el valor y la audacia producen un terror trágico. En este sentido, el diálogo

entre el juez y el criminal, entre Pierre de L'Hôpital y Gilles de Rais, alcanzó un raro grado de intensidad. La grandeza de dicho diálogo, aunque de un modo oscuro, debió de revelarse en seguida: por esa razón el escribano lo da en francés, como hace siempre que los debates, muchas veces embrollados por la pedantería jurídica, adquieren de repente un valor patético.

Durante un interrogatorio informal, que, interrumpiendo el proceso eclesiástico, no se decidió hasta el último momento, ante un potro de tortura listo para entrar en acción, el alto magistrado secular, Pierre de L'Hôpital, preguntó a Gilles insistentemente «por qué motivos, con qué intenciones, con qué fines» dio muerte a sus víctimas. Este acababa justamente de precisar que había cometido sus crímenes «siguiendo el dictado de su imaginación, sin consejo de nadie y de acuerdo con su propio sentido, solamente para su placer y deleite carnal»: aparecía desconcertado, como lo revela su respuesta:

—¡Ay, monseñor!, os estáis atormentando y me estáis atormentando mí al mismo tiempo.

La réplica de Pierre de L'Hôpital aparece también en francés:

—No, no me atormento —dice—, me extraña lo que me decís y no me puedo contentar con ello, sin más: quisiera saber la pura verdad a través de vos.

—En verdad, no había otra causa, fin, ni intención que la que os he dicho; os he explicado cosas más graves que ésta y suficientes para condenar a muerte a diez mil hombres.

Lo que el presidente de L'Hôpital pregunta es sencillo. Es lo que quiere saber un hombre guiado por la razón. ¿Por qué ha matado Gilles de Rais? ¿A consecuencia de qué instigaciones, de qué ejemplos, procedió de aquella manera y no de otra? La explicación del crimen era importante para el juez... En el extremo opuesto, Gilles sólo apreciaba una verdad trágica, monstruosa, de la que él fue expresión ciega. Aquella fatal necesidad de matar, de matar sin razón, sobre la que ninguna frase podía arrojar luz, a la que había ido unido como el animal desbocado en su galope... Al culpable no le interesaba descubrir o revelar el origen de sus crímenes. Para él, estos crímenes habían sido lo que él mismo era, lo que era profunda, trágicamente, de forma que no pensó en ninguna otra razón. No había explicación. Nada aparecía con las dimensiones del delirio que vivió, salvo la ejecución en que iba a vivir. Así, pues, para la mentalidad de Rais, el único término que podía responder a lo que hubiera querido saber el juez era la expiación: «¡Suficientes para condenar a muerte a diez mil hombres!». ¡Tal fue la respuesta del culpable! Era ilógica, pero encerraba dentro

de sí la situación que constituyó la vida de aquel criminal; hasta el final, aquel hombre debió, no digo vivir, sino permanecer inmerso, sumergido en el crimen; en el momento en que, en la prisión, se le privó de la posibilidad de matar, todavía le quedaban hasta el final la confesión que, ante todos, lo ataba a lo que hizo, la expiación, al exponer sus crímenes ante la multitud atraída por su enormidad, y el espectáculo de su suplicio. Hasta el último suspiro vivió en el crimen y en el perdón que, al morir, bañado en lágrimas, suplicó a Dios concederle.

«¡Suficientes para condenar a muerte a diez mil hombres!».

¿Es posible mostrar más orgullo o más humildad?

Bañado en lágrimas, el señor de Rais repetía sus remordimientos: lo que no podía hacer era dejar de ser monstruoso: se trataba de un monstruo que lloraba y el arrepentimiento que manifestaba era también el de un monstruo. No debemos equivocarnos. Es corriente enternecerse ante la piedad de sus últimos días. Pero las siguientes palabras, que nos ha transmitido el escribano, vuelven a atormentarnos. Iban dirigidas a su joven brujo florentino. François Prelati, al despedirse de él después de un careo. Debemos decir sin tardanza lo que era Prelati: un comediante culto, pero un granuja; seguramente sedujo a su señor (según las apariencias, él mismo era homosexual), pero, sin lugar a dudas, lo explotó. Hasta el final abusó de su ingenuidad; un día apareció herido, dando alaridos, fingiendo que el diablo lo había apaleado. Pero cuando, delante de los jueces, se volvió a encontrar ante él, en el momento en que Prelati abandonaba la sala, le dijo entre sollozos:

—¡Adiós, François, amigo mío! Ya no nos volveremos a ver nunca más en este mundo. Ruego a Dios que os de paciencia y conocimiento, y la esperanza de que nos volvamos a ver en el gran gozo del paraíso: ¡rogad a Dios por mí y yo rezare por vos!

Pocos seres humanos han dejado huellas de sí mismos que permitan, después de cinco siglos, atribuirles tales palabras y tal llanto. Escenas así no son obra de un autor. *Existieron*: en cierto modo, las conservarnos estenografiadas. Pero no podemos extrañarnos de permanecer dentro del equivoco: el carácter trágico de dichos adioses no atenúa su sentido irrisorio. Y si buscamos la coherencia de lo historia, del personaje y de todo el caso, presentimos una primera verdad: a pesar de que aquel monstruo fue realmente el monstruo de leyenda, el Barba Azul de aquellos campos en los que por las noches las ruinas de las murallas y de las torres feudales infundían el espanto, se nos aparece como un niño.

No podemos negar la monstruosidad de la infancia. ¡Cuántas veces, si pudiesen, serían los niños auténticos Gilles de Rais! Imaginemos el poder, prácticamente sin

límites, de que dispuso. Sólo la razón define la monstruosidad, a la que precisamente llamamos monstruosa por el hecho de que pertenece, al hombre, ser racional. En el fondo, ni el tigre ni el niño son monstruos, pero en este mundo en que reina la razón, su aparente monstruosidad es fascinante; escapan al orden necesario.

Pero, ahora, me veo obligado a decir de qué forma y en qué medida el monstruo, que con el nombre de Gilles de Rais y después de Barba Azul acechó al triste país de Rais, fue un niño.

No puedo atenerme a los aspectos que he presentado anteriormente. A esos aspectos responde el poder de fascinación que hace que evoque esta figura después de quinientos años. Estos aspectos son relativamente los más conocidos: no ocurre lo mismo con su simpleza y su infantilismo que quiero revelar antes que nada: estos rasgos no se han advertido habitualmente. Como quiero presentar los aspectos mal conocidos de Gilles de Rais, necesito ahora relacionarlos con el conjunto de su vida.

EL HEREDERO DE LOS GRANDES SEÑORES

Gilles de Rais, quien en 1428 pasó a ser mariscal de Rais, fue pariente del condestable du Guesclin, nieto de Jean de Craon e hijo de Guy de Laval. La casa de Laval-Montmorency, a la que pertenecía su padre, la de Craon, de la que procedía su abuelo materno, la de Rais, cuya herencia y nombre recibió indirectamente, eran de las más nobles, más ricas y más influyentes de la sociedad feudal de la época.

Lo que sabemos del padre de Gilles o, en general, de los miembros de su familia, no presenta carácter distintivo; lo mismo ocurre con los representantes de la familia de Rais, de la que heredó y que se extinguió en 1407 en la persona de Jeanne Chabot, llamada la Prudente. Los únicos personajes, cuya figura individual conocemos son Pierre y Jean de Craon, bisabuelo y abuelo materno de Gilles. Volveremos a hablar de ellos más adelante, pero antes debemos presentar el mundo a que pertenecían todos los parientes de aquel hombre sanguinario que, durante años de angustia, esperó el momento de arrojarse sobre niños, violarlos y estrangularlos.

Todos sus parientes eran señores feudales poderosos, propietarios de vastas extensiones de tierras, que dominaban masivas fortalezas. Cada uno de ellos poseía varios, a veces muchos de esos lugares fortificados que, por el miedo y el horror, imponían su poder violento. Poder religioso incluso, en cierto modo. (El poder soberano del rey era en parte sobrenatural, el poder del gran señor se le parecía, era su reflejo). Es cierto que estos señores feudales no tenían conciencia clara de una situación de la que se aprovechaban, viviendo como vivían en busca de la gloria, pero en medio de un lujo confortable (aunque no tenían confort material, el confort más auténtico se lo proporcionaba el número de servidores). Su violenta vida, una vida que a cada momento la muerte podía acabar convulsivamente, se repartía entre la caridad, el terror religioso, la ambición, los placeres vanidosos y los intereses sórdidos. Nadie en aquel mundo de grandes señores —que reían, cazaban y guerreaban, que no dejaban de pensar en el enemigo, en el rival, pero que raras veces se aburrían y nunca trabajaban— escapaba por mucho tiempo a la idea de un diablo gesticulante, que reinaba sobre el eterno espanto del infierno. Nuestra vida de hoy, que se cree racional, es, en parte, un tejido de contradicciones. Pero, a comienzos del siglo xv, un gran señor, lejos de esforzarse por alcanzar la razón, vivía sin reservas un caos contradictorio de cálculos, violencias, buen humor, desorden sangriento, angustia moral y ausencia de preocupaciones...

Al hablar de los crímenes de Gilles de Rais, hemos aludido en primer lugar al arcaísmo de este personaje: vamos a ver cómo este arcaísmo se revela de diversas formas.

Sin embargo. Gilles de Rais perteneció a su época plenamente. Fue uno de aquellos señores feudales irracionales, cuyos placeres del egoísmo, ociosidad y desórdenes compartía. Vivió de la misma forma, en aquellas pesadas y lujosas

fortalezas, en medio de guerreros a su servicio, despreciando al resto del mundo.

En todos los sentidos, su educación lo identificaba con aquellos hombres mediocres y prestigiosos. Si tenía cierta capacidad militar, ello se debía a que estaba acostumbrado a los ejercicios violentos, pero del arte de la guerra únicamente pudo recibir los rudimentos (en aquella época no se formaba a los generales: sólo existía una posibilidad, vivir junto a quienes tenían experiencia). Como su familia era rica, Gilles de Rais tuvo dos preceptores eclesiásticos, quienes seguramente le enseñaron a leer y a escribir con facilidad: supo latín, que incluso debió hablar, pero nada prueba que tuviese auténtica cultura. El que poseyese unos cuantos manuscritos, la mayoría de los cuales debió de heredarlos, no significa que les dedicase una parte de su vida.

En conjunto, Gilles de Rais se confundía dentro de la masa feudal de la época. Sin embargo, en un punto (debido a su carácter arcaico) se diferenciaba de quien recibió el encargo de educarlo, su abuelo. Como hemos dicho, conocemos la vida de este abuelo. Jean de Craon, mejor que la de sus otros parientes.

La madre de Gilles, Marie de Craon, y el padre, Guy de Laval, murieron jóvenes, uno después del otro durante el año 1415. Guy de Laval temía que, una vez desaparecidos sus propios descendientes, la tutela de los hijos recayese sobre el abuelo materno, con quien no debía de entenderse bien, o cuya inmoralidad le asustaba seguramente. Quería prevenir lo que con razón consideraba nefasto. Pero, a pesar de haberla formulado con mucha precisión, su última voluntad no se cumplió. A los once años, Gilles fue confiado a su abuelo, al que en cierto sentido se parecía, sin dejar de ser su opuesto.

EL ABUELO MATERNO: JEAN DE CRAON

Acabamos de aludir a la inmoralidad de Jean de Craon. Efectivamente, aquel gran señor carecía de escrúpulos, era brutal, codicioso, sus procedimientos eran propios de un bandido. Pero no era en absoluto anacrónico, sus defectos no se oponían a los rasgos de carácter de la época. Al contrario, los acusaban. No debe sorprendernos que, siendo un gran señor, tuviese las actitudes y las costumbres de un pirata. Incluso representaba perfectamente a la sociedad feudal de un período en que el ideal burgués de la gestión de los intereses y de la explotación de los bienes primaba sobre la preocupación por observar las virtudes tradicionales, unidas al concepto del honor feudal. El bandidismo de Jean de Craon no tenía nada de novelesco.

Su fortuna era enorme. Si exceptuamos la familia ducal, era el más rico feudatario de Anjou. Pero, una preocupación lo acaparaba: la de aumentar su riqueza. A ello se dedicó por medio de intrigas que lo llevaron a participar en la alta política de su época; era avaro, no desdeñaba ninguna oportunidad de hacer negocio. Residía habitualmente en un castillo que dominaba el Loira, en Champtocé, plaza importante, clave militar de la vecina Bretaña. Ejercía derecho de peaje sobre el comercio de los bateleros, pero, abusando de sus derechos reconocidos, utilizaba medios violentos: los bateleros lo denunciaron a la justicia y el Parlamento de París lo condenó.

No sabemos si heredó la cortesía y la seducción de su padre, uno de los familiares de aquel duque de Orleans, más conocido que él, o quien Juan sin Miedo mandó asesinar. Es posible: lo que sí heredó fue el sentido y el gusto por la política. El padre era conocido por haber mostrado respeto por el honor; en su más alto grado. Puede ser que el honor designase antes que nada el sentido puntilloso de las conveniencias feudales. Pero, si su hijo se le parecía en este punto, era en la medida en que a veces el más bellaco de los gángsteres respeta religiosamente las reglas del hampa. Si nos referimos a una respetabilidad completamente exterior, en ese caso Jean de Craon tenía los modales, la facilidad, si se quiere, de un ratero. Era responsable de Gilles, estaba encargado de su educación. Pero, se burlaba de ello. Dejaba a su nieto libre de hacer, a su gusto, todo el mal que le pluguiese. Si alguna vez el abuelo intervenía, era para ponerse como ejemplo: con su ejemplo le enseñaba a sentirse por encima de las leyes.

Como vamos a ver: ¿no era en esto en lo que el joven se diferenciaba del viejo!

Más adelante encontramos el relato de un acto de bandidismo en el que el abuelo asoció a Gilles, que entonces contaba la edad de dieciséis años.

Se trataba de una extorsión, por la cual raptaron a una gran dama, una pariente, la encerraron y amenazaron con meterla en un gran saco y ahogarla, como un gato, en el Loira. Tres hombres, que vinieron a reclamarla, fueron encerrados en una mazmorra y uno de ellos murió a consecuencia de ello. Gilles y su abuelo nos recuerdan las brutalidades de los nazis.

EL ABUELO Y EL NIETO

Pero pronto advertimos una diferencia entre el nieto y el abuelo. El segundo, hombre astuto, administraba hábilmente sus intereses. El primero aprovechaba a veces los cálculos del segundo, pero no los hacía por sí mismo. Si alguna vez Gilles coincidía con el principio de la razón, que siempre, tal actuar, apunta hacia el resultado final, ello suponía la existencia de otra persona, que lo guiaba y aconsejaba. Nunca actuó por sí mismo como hombre avisado. Era capaz de cometer cobardes crueldades, pero no de calcular. Lo que en sus actos hubo de reflexivo exigió la intervención de otra persona.

Jean de Craon no vacilaba ante el crimen, pero lo que le atraía del crimen era su resultado. No tenía otra preocupación que el interés. No así ocurría con Gilles. Después de muerto su abuelo, persistió en el crimen al que le había iniciado el viejo feudal. Incluso fue más lejos, mucho más lejos que su iniciador, pero respondía sólo a su obsesión, a su delirio. Actuaba febrilmente. A la muerte de Craon entró en la alucinante serie de los crímenes de niños. A veces incluso, superando las exigencias de su pasión, se entregó a vanas, escandalosas violencias. Fue cruel y careció de escrúpulos; pero olvidando la preocupación por sus intereses, ignorando o despreciando sus intereses.

En este punto, la diferencia entre el abuelo y el nieto alcanzó su mayor profundidad. Fue perfecta. Al final, el abuelo intentó infundir en Gilles una ambición conforme con su opinión. El rapaz viejo imaginaba a aquel fogoso joven, del que sabía que no retrocedería ante nada, convertido en uno de los hombres más influyentes del reino, aumentando la inmensa fortuna que le iba a legar. Le aconsejó, lo conminó. Es cierto: en aquellas condiciones el valor y la fogosidad de Gilles lo colocaron en primera fila. En 1429, a los veinticinco años, glorioso mariscal de Francia, compañero de Juana de Arco y libertador de Orleáns, tenía ante sí, al parecer, un destino incomparable. Pero aquel éxito era frágil, era el anuncio, el comienzo de la ruina, introdujo el desastre incomparable. Lo que, sórdidamente, el viejo convertía en provecho propio, Gilles lo convertía en delirio, en desorden. Había en él un delirio, una desmesura que lo colocaban en los antípodas de aquel viejo insensible y de su bellaquería razonada. En vida de su abuelo, se entregó a increíbles gastos que agotaron en pocos años una de las mayores fortunas de una época en que, al ser mayor la diferencia entre el rico y el pobre, la riqueza poseída contaba más que en la actualidad. Desde el primer momento, la magnificencia de Gilles fue tal, que los grandes señores y el rey no la igualaban... Como mariscal de Francia, recibió enormes estipendios, pero su propensión a gastar era tan grande, que su cargo fue para él antes que nada una ocasión para realizar gastos excesivos. En él la necesidad de brillar adquiría las características de un vértigo: no podía resistir a la posibilidad de deslumbrar, necesitaba vencer mediante un esplendor incomparable. La gloria que

él recibió de una vez, otros la habrían utilizado para aumentar su fortuna. En su caso, por el contrario, acabó por abocarlo a la ruina, lo precipitó en un proceso de prodigalidad creciente. Necesitaba a toda costa deslumbrar a los demás, pero era a sí mismo, antes que a los demás, a quien deslumbraba. Este proceso, que no es infrecuente, alcanzó en Gilles un frenesí enfermizo. Gilles no fue solamente un criminal monstruoso, fue también un pródigo insensato: la prodigalidad es como una embriaguez. Jean de Craon había pensado que, al convertirse en un hombre de primer plano, sabría sentar cabeza: pero la importancia que le acordaban en realidad sólo le servía para embriagarse aún más, lo conducía a ceder sin medida a la necesidad de maravillarse a través de magníficos y opulentos gastos.

A la primera ocasión, el conflicto entre el abuelo y el nieto estalló; en 1424, cuando contaba veinte años de edad, Gilles exigió la administración todos sus bienes. Inmediatamente, el abuelo reaccionó. De ello resultó una violenta tensión entre ambos.

No obstante, Craon no podía mantenerse en una actitud firme, ¿cómo iba a poder resistirse aquel rudo abuelo, por muy indiferente que fuese? En 1415 había perdido en la batalla de Azincourt a su único hijo. Y aunque, al volver a casarse, había esperado que su mujer le diese un heredero directo, al final tuvo que hacerse a la idea de que aquel nieto, con quien no se entendía bien, heredaría su gran fortuna.

Se encargó de Gilles a la muerte de su padre, el mismo año de la muerte de su propio hijo: le dio una educación desastrosa. No sólo le puso ante los ojos su propio ejemplo, sino que además lo abandonó insensatamente a la ociosidad y a los desórdenes de la infancia.

Por las propias declaraciones de Gilles en el proceso, sabemos lo que fue, a partir de los once años de edad, aquella infancia salvaje y violenta. Al parecer, los dos eclesiásticos que lo habían instruido hasta entonces, lo abandonaron. Pero, veinte años después, en 1436, mandó detener a uno de ellos, Michel de Fontenay; lo encarceló y ya sabemos lo que en aquella época significaba la prisión...

Una vez terminados sus estudios, entregado a sí mismo, comenzó una espantosa erupción. «... A causa del mal gobierno que había recibido en su infancia, en la que no se lo frenó, persiguiendo todo lo que le gustaba y entregándose a toda clase de actos ilícitos...». Así eran los propios términos de Gilles, que el escribano copió.

El escribano precisa: «Perpetró varios crímenes enormes..., principalmente en su juventud, cínicamente, contra Dios y sus mandamientos...».

A decir verdad, la moral no era asunto de Jean de Craon. Seguramente la avaricia del abuelo fue la única causa del conflicto, en el que la fogosidad del nieto tenía que vencer necesariamente.

Al final, el abuelo introdujo en la corte al joven descarriado, En 1425, Gilles estaba presente junto a Craon en la entrevista de Saumur en la que Carlos VII y el duque de Bretaña, Juan V, firmaron un acuerdo. Dicho acuerdo no podía resolver durante mucho tiempo las dificultades que enfrentaban a Bretaña —dividida en

aquella época entre el miedo a una invasión inglesa y la voluntad de escapar a la dominación francesa— con la Francia del «rey de Bourges».

No obstante, en 1427, se presentó una oportunidad excepcional. Jean de Craon recibió de su soberana, Yolanda de Aragón, el cargo de teniente general de Anjou. Yolanda de Aragón era la suegra de Carlos VII. Quería ser la madre de una auténtica reina: por eso los intereses de su yerno le llegaban al alma. De vez en cuando aprovechaba la inactividad de aquel veleidoso. Dos años después apoyó con éxito en la corte a Juana de Arco. En 1427 tomó la iniciativa para una acción limitada, pero juiciosa. La lucha contra los ingleses se reanudó en sus territorios. Se entendió con Craon, el más poderoso de sus vasallos, el cual se hizo cargo de las operaciones. Pero Craon era viejo, debía de tener en aquella época unos sesenta años. No podía tomar parte personalmente en la campaña. Capitanes con experiencia condujeron los contingentes reales, pero Gilles, a los veintitrés años, fue colocado a la cabeza de un ejército de Anjou. Por lo demás, no estaba solo. Jean de Craon lo confió a una especie de consejero: Guillaume de la Jumelière, un señor de Anjou, quien en los relatos de Gilles aparece con el nombre de monseñor de Martigné. Los conocimientos militares de Gilles eran escasos; no ocurría lo mismo con los de la Jumelière, al parecer el único de sus consejeros a sueldo que fuese lo que se llama respetable (los demás, gente sin escrúpulos, vivían a expensas de su ingenuidad). En aquellas condiciones. Jean de Craon facilitó incluso a Gilles cierta posibilidad de disponer de su fortuna personal: desde el primer momento el futuro mariscal de Francia sorprendió por el número de espías que empleó y por los estipendios que éstos recibían.

La fortuna de Gilles quiso que aquella campaña, conducida con prudencia, fuese un éxito innegable. Los hombres de Carlos VII tomaron a los ingleses varias fortalezas. Ahora bien, Gilles no se distinguió solamente por la abundancia de sus recursos monetarios. Es muy posible que, desde aquel momento, diese pruebas de un gran valor, que mostrase en el asalto aquel furor guerrero, cuyo recuerdo se conservó después de su muerte. Seguramente fue este furor lo que le valió que Juana de Arco, dispuesta a forzar la decisión bajo los muros de Paris, lo solicitase. Juana de Arco quería entonces tener a su lado, junto al duque de Alençon, a aquel joven que llevaba dentro de sí toda la fogosidad y toda la violencia del crimen. Aquel día —no debemos olvidarlo—, aunque una flecha de ballesta no hubiese atravesado su hombro, la decisión que esperaba la Doncella era posible. Gilles era sin lugar a dudas un general soberbio. Era de esos a quienes el delirio de los combates lanza hacia adelante. Si Juana de Arco quería tenerlo a su lado en el momento decisivo era porque lo sabía.

GEORGES DE LA TRÉMOILLE Y GILLES DE RAIS

Pero su fogosidad no hubiese servido, si antes no hubiera entrado dentro de cálculos de los que Gilles era incapaz. Si el abuelo no hubiese puesto al nieto en relación con Georges de la Trémoille, su pariente; si no se hubiese convertido en el hombre de confianza del intrigante, jamás hubiera correspondido en la historia a aquel tarambana el lugar de primer plano que ocupó con la velocidad de un rayo.

Con ocasión de la llegada de Juana de Arco a Chinon. Gilles de Rais entró dentro de los cálculos de un gran político. Dichos cálculos, él los ignoraba seguramente, pero los sirvió y, al hacerlo, le proporcionaron lo que por sí mismo no tenía posibilidad de alcanzar: la eficacia. En abril de 1429, se unió por juramento a aquel bandido que convertido en el favorito de Carlos VII, prácticamente hacía las veces de primer ministro. La Trémoille necesitaba a un hombre cuya voluntad le perteneciese; necesitaba para sus ejércitos una armadura ciega y suntuosa, cuya prestancia y, llegado el momento, bravura correspondiesen a sus intereses.

La Trémoille, hombre astuto, tenía varias razones para fijarse en Gilles de Rais. En primer lugar el parentesco (ya he citado el lazo de familia que lo unía a los Craon). Pero, sobre todo, La Trémoille temía que otros pudiesen tener mayor influencia que él sobre el rey. Podía haber pensado, en primer lugar, en Juana de Arco. Pero una mujer no podía desempeñar un papel político por sí misma. Pero, sí podía hacerlo un general, que, si alcanzaba algunos éxitos, tendría acceso al rey. La elección de un hombre tan calculador, tan prudente como La Trémoille tenía que recaer, por tanto, sobre un hombre que podía ser capaz militarmente, pero que, por lo menos, fuese incapaz políticamente.

Seguramente La Trémoille no vaciló ni un momento. Desde el principio comprendió lo que era Gilles de Rais: Craon, el abuelo, carecía de escrúpulos y era astuto. Rais, el nieto, tampoco tenía escrúpulos, pero en cuestión de astucias, cálculos e intrigas, era un inepto: todo se le escapaba. No disponemos de ningún juicio de La Trémoille sobre Gilles de Rais que date de los primeros tiempos de sus relaciones. Pero en 1435, después de su caída en desgracia, reprocharon al intrigante haber abusado de la credulidad del mariscal (ambos «amigos» tenían entonces asuntos de dinero en común).

El padre Bourdeaut lo precisa: se vio claro entonces «que La Trémoille abusaba de la credulidad y de la insensata prodigalidad de su primo». La Trémoille debió de tomarlo siempre por tonto: el caso es que al final expresó lo que sentía de forma sorprendente. Lo único que el reproche le inspiraba era risa; respondía sin vacilar con

la siguiente atrocidad: «¡Es bueno —aseguraba—, hacerle progresar en el aprendizaje de la maldad!»^[5]. Hoy semejantes palabras nos cortan la respiración pero ¿cómo pensar que aquel mediocre estadista, aquel astuto, pudiese imaginar una oposición entre la tontería y la bondad, entre la maldad y la inteligencia? Al parecer, hasta más tarde no conoció la delirante crueldad de Rais.

La maldad de Gilles no tenía límites. Y, sin embargo, hubiera sido incluso incapaz, de concebir los cálculos y la mala fe de un La Trémoille. Estos cálculos y esta mala fe no le repugnaban. Pero, si alguien no calculaba por él, era incapaz de hacerlo. Bajo la égida de La Trémoille ocupó un puesto en la corte de Carlos VII. En el asunto decisivo, y muy delicado, de la liberación de Orleáns, desempeñó junto a Juana de Arco un papel de primer plano, seguramente el primero después del de la Doncella. El padre Bourdeaut ha mostrado que el «carácter particular» de este papel no se «manifestó»: todavía en 1445, «cuando en el proceso de rehabilitación de Juana, Dumois presentó su testimonio, en aquella época en que nadie se enorgullecía de haberse codeado con el mariscal... colocaba al triste Gilles en cabeza de los jefes que mandaban el ejército que hizo la liberación^[6]». Pero el papel de un general se limitaba entonces al prestigio personal del gran señor y a la bravura del guerrero. Gilles podía hablar en los consejos, antes de los combates, para repetir las opiniones de La Jumelière. Sobre todo, lo que podía hacer era arrastrar a los suyos en los combates y luchar.

La Trémoille lo impuso en primera fila. Pero, de acuerdo con sus cálculos, se reservaba para sí los beneficios políticos. Si el joven barón de Rais hubiera sabido intrigar, La Trémoille bien se hubiera guardado de hacerlo mariscal. Sin La Trémoille, aquel tarambana nunca habría ocupado un lugar en la historia. Pero, si no hubiese sido el tonto, el tarambana que hoy podemos reconocer que fue, La Trémoille nunca lo hubiera utilizado.

LA SIMPLEZA DE GILLES DE RAIS

Habitualmente no se ha advertido que en la monstruosidad de Gilles de Rais había algo extraño: ¡aquel mariscal de Francia era un simple!

Pero es un personaje que subyuga. En el extremo opuesto, Huysmans vio en él a uno de los hombres más cultos de su tiempo.

Huysmans mantuvo hasta el final esa opinión. Al mariscal de Rais, como al propio Huysmans, le enloquecían la música y los cantos de iglesia. Por eso, sacó conclusiones exageradas de apariencias que no prueban nada.

Pero, lo que Huysmans hizo fue llevar hasta sus últimas consecuencias una reacción común. En general, la grandeza y sobre todo la monstruosidad de nuestro personaje inspiran respeto. En su facilidad, había algo majestuoso, que conservó incluso en el momento de confesarse bañado en lágrimas. En la monstruosidad de aquel desgraciado había una grandeza soberana, que no contradecía su humildad al gritar el horror del crimen.

En cierto sentido, dicha grandeza concuerda incluso con la simpleza de que he hablado. Es cierto: hay una gran diferencia entre la simpleza de Gilles y lo que, a veces, se designa por ese nombre. En el fondo se trataba de la indiferencia soberana, con la cual pagaba un doble precio por lo que le gustaba... Esa indiferencia, esa ausencia provocaban la risa en los demás. Pero, seguramente Gilles no se dignaba a darse por enterado.

Ya he dicho de qué forma lo engañó Prelati, el cual le sedujo. Gilles nunca le retiró su afecto, del que dio pruebas el último día. De la misma forma, con respecto a Briquerville —quien obtuvo de él por la fuerza una procura odiosa— dio pruebas de fidelidad inquebrantable.

Lo más extraño fueron sus relaciones con La Trémoille, quien se burlaba de él y quería «hacerle progresar en el aprendizaje de la maldad» y al cual engañó, sin proponérselo.

Pero hubo pocas circunstancias en que no apareciese una excesiva indiferencia, una especie de ausencia a la que seguían violentas reacciones. Desconocía la prudencia y parecía estar a la merced de impulsos que la reflexión no controlaba: ¡piénsese en el absurdo episodio de Saint-Étienne! Concretamente, su actitud en el proceso correspondió a esas brusquedades pueriles. Un primer lugar, insultó a los jueces y, de repente, sin que podamos comprender la razón del cambio, se deshizo en lágrimas y confesó, exponiendo extensamente inconfesables ignominias.

No dio prueba de ninguna habilidad para defenderse. Se agitaba violentamente, movido por impulsos sucesivos que se contradecían.

Insisto: era un niño.

Pero aquel niño dispuso de una fortuna que le pareció inagotable, un poder casi absoluto.

En principio, el infantilismo tiene pocas posibilidades, pero el infantilismo de Gilles de Rais, gracias a su fortuna y a su poder, tuvo ante sí trágicas posibilidades.

En sus crímenes, Gilles no fue en efecto hasta el final sino el niño que en el fondo era profundamente.

Su simpleza alcanzó, con la sangre, la grandeza trágica.

INFANTILISMO Y ARCAÍSMO

Al hablar del caso Giles de Rais, ya no se trata de lo que designamos con el nombre de infantilismo. Efectivamente, de lo que se trata es de *monstruosidad*. Esta monstruosidad era esencialmente infantil. Pero se trataba de un infantilismo dotado de las posibilidades del adulto y más que infantiles estas posibilidades eran arcaicas. Si Gilles de Rais era un niño, lo era a la manera de los salvajes. Le era como un caníbal; o, para ser más precisos, como uno de sus antepasados germanos a los que no limitaban las conveniencias civilizadas.

Concretamente, los jóvenes guerreros a los que la iniciación asociaba con el dios de la soberanía se distinguían voluntariamente por una ferocidad bestial: no conocían regla ni límite. En su rabia extática se tomaban por fieras: por osos furiosos, por lobos. Los Harii de Tácito acusaban el espanto provocado por su delirio, utilizaban escudos negros y, con la intención de sorprender a los enemigos, de aterrorizarlos, se tiznaban el cuerpo con hollín. Para aumentar el espanto, aquel «ejército fúnebre» escogía los días de «noche cerrada». Se les daba con frecuencia el nombre de *Berserkir* («guerreros envueltos en pieles de oso»). Como los Centauros de Grecia, los Gandharva de India o los Luparcos de Roma, en su delirio se convertían en animales. Los Chelli, también descritos por Tácito, se permitían los *scelera improbissima*: arrancaban la piel a sus víctimas, las azotaban, las ejecutaban. Hacían masacres, y «el hierro y el acero nada podían contra ellos». El furor de los *Berserkirs* los convertía en monstruos. Hablando de los Taifali, Ammien Marcellin se indigna al describir sus prácticas pederásticas... Por último, se entregaban a borracheras que acababan de eliminar lo poco de humano que les quedaba^[7].

Nada había en la religión de los germanos que compensase aquella crueldad y aquellos desórdenes juveniles. Contrariamente a los galos y los romanos, no tenían una institución del sacerdocio que opusiese el saber y la ponderación a la embriaguez, al capricho feroz y a la violencia.

Hemos de pensar que, por lo menos en los primeros siglos de la Edad Media, la educación de los caballeros conservó algo de aquellas bárbaras costumbres. Seguramente, en un principio la caballería no fue sino una continuación de la sociedad de los jóvenes iniciados de los germanos. La influencia cristiana en la educación de los caballeros fue tardía. Se remonta a poco antes del siglo XIII, como mínimo al siglo XII, dos o tres siglos antes de Gilles de Rais...

No podemos pensar que no subsistiese nada, absolutamente nada de las lejanas tradiciones de que acabo de hablar, aunque fuese algo impreciso, algo de lo que no podemos hablar claramente. La atmósfera de violencia y de borracheras, el gusto por provocar el terror debieron de subsistir durante mucho tiempo. En principio, algunos rasgos arcaicos continuaron presidiendo los principios de la caballería y de la nobleza: y dichos rasgos responden a ciertos aspectos de la vida de Gilles de Rais.

Estos rasgos desempeñaron en su vida un papel tanto más importante, cuanto que se trataba de un hombre ingenuo, y no era menos ajeno al cálculo de la razón que a la reflexión de los astutos. De hecho, los únicos elementos de la formación de Gilles de Rais que dejaron huellas en él fueron, por una parte, la violencia guerrera, acompañada, como en la época de los germanos, por un extraordinario valor y una rabia de bestia feroz: por último, la práctica de la bebida que, como hemos visto, tradicionalmente podía unirse a los excesos sexuales, por ejemplo, a la homosexualidad. Seguramente los muchachos de aquella época, quienes, desde muy jóvenes, adquirían costumbres viciosas o crueles, se sentían apoyados por una tradición, aun cuando estas costumbres perteneciesen solamente a grupos restringidos. Por lo demás, me parece que algunas de sus más viles inclinaciones pudieron desarrollarse y reforzarse en común. Ni el lejano pasado, que la vida de aquellos muchachos continuaba, ni la necesidad en que se encontraban de entregarse a ejercicios de una gran brutalidad podían invitarles a la moderación. Tenían la posibilidad de abusar casi despiadadamente de los jóvenes siervos, así como de las jóvenes siervas de sus padres: no existe razón alguna para pensar que el cristianismo en aquella época moderase de manera eficaz su tendencia a no prestar a la vida de los demás hombres el mismo respeto que a la de los animales.

Hasta mucho más tarde no tendieron los principios del amor cortés eliminar la grosería del mundo de las armas. Al igual que el cristianismo, el amor cortés se oponía relativamente a la violencia, la paradoja de la Edad Media consistió en que los hombres de guerra no hablasen el lenguaje de la fuerza y del combate. Muchas veces su lenguaje era dulzón. Pero no debemos dejarnos engañar: la bondad del francés antiguo miente cínicamente. Incluso la poesía de que los nobles de los siglos XIV y XV fingieron gustar era en todos los sentidos una trampa: antes que nada, los grandes señores gustaban de la guerra, su actitud difería poco de la de los *Berserkirs* germanos, que soñaban con el espanto y las matanzas. El famoso poema de Bertrand de Born es, entre otras cosas, una confesión de sus sentimientos violentos. Dichos sentimientos podían acompañar a la cortesía, pero el poema permite ver hasta qué punto estaba vivo el gusto por las matanzas y por lo que la guerra tenía de horrible. Gilles de Rais, más que ningún otro, debió de tener una capacidad de violencia que recordase el furor de los *Berserkirs*. Además, tenía la costumbre de beber, utilizaba bebidas con el fin de agudizar la excitación sexual; en su caso, como en el de los bárbaros del pasado, de lo que se trataba era de rebasar los límites, de vivir soberanamente.

El guerrero germano disfrutaba del privilegio de sentirse por encima de las leyes y de él extraía consecuencias violentas. No digo que todos los jóvenes nobles tuviesen esa misma actitud delirante: la inclinación a la homosexualidad se debía menos a la tradición que a la influencia de los compañeros, pero, aun cuando estuviesen suavizadas, las costumbres de aquellos jóvenes, que manejaban la espada o el hacha como armas, debían de ser en parte repugnantes. No me cabe ninguna duda

de que, muchas veces, considerarían un honor mostrarse unos más odiosos que otros. Podía ser que no se enfureciesen, pero tenían el pie puesto en el estribo. Aunque, evidentemente, hubiese perdido su carácter ritual, sin lugar a dudas la homosexualidad debía facilitar aquel estado de cosas.

LA VIDA SEXUAL DE LA GUERRA

Me ha parecido que los vicios de Giles de Rais podían situarse dentro de un conjunto de brutalidades y de borracheras tradicionales. Además, aunque imperfectamente, estamos informados sobre el desarrollo real de sus vicios.

Ya he hablado de las confesiones del propio Gilles, según las cuales, «cínicamente, desde el comienzo de su juventud» había cometido «grandes y enormes crímenes». También he citado lo que el proceso dice a continuación: que el criminal atribuía el origen de sus crímenes «al mal gobierno que había tenido en su infancia, en la que se había dedicado desenfrenadamente a todo lo que le gustaba y se había complacido con toda clase de actos ilícitos». A partir de ahí es difícil precisar. A partir de una tradición vaga (debemos pensar en las historias que se cuentan, llegado el caso, «el hijo de éste hizo esto, aquél tal otra cosa»), en aquella época las costumbres de violencia, por lo menos de irregularidad precoz, podían perpetuarse. Pero, en las confesiones aparecen implicados dos aspectos distintos.

En primer lugar, durante la infancia, por lo que parece a causa del mal gobierno del abuelo, el nieto debió de ejercitarse, a escondidas y sin freno, en los diferentes actos ilícitos que le eran accesibles. Como hemos visto, en septiembre de 1415, a la muerte del padre (que se produjo unos meses después de la de la madre) contaba once años de edad. El caso es que la tutela del abuelo tuvo para el niño el sentido de la libertad completa. Pero entonces se trataba de actos reprobables, con toda seguridad perversiones sexuales, sádicas quizás, pero no de crímenes.

Los crímenes propiamente dichos, los «grandes y enormes crímenes» datan del «comienzo de su juventud».

Sobre este punto no podemos precisar más.

Sobre la fecha de los primeros asesinatos de niños el proceso da dos indicaciones contradictorias.

Según el acta de acusación, todo comenzó, al parecer, hacia 1426, catorce años antes del proceso: invocaciones a los demonios y asesinatos de niños. Pero, según las confesiones del culpable, que coinciden con los primeros testimonios de los padres de las víctimas, los primeros asesinatos datarían sólo del año de la muerte del abuelo, es decir, de 1432.

En rigor, 1426 correspondería al comienzo de la juventud: veintidós años. Esa fue, además, la fecha en que comenzó la campaña en la región de Le Mans. Ya en 1424 Gilles exigió hacerse cargo de la administración de todos sus bienes. En 1426, al marchar a la guerra, además de su completo poder personal, gozaba de una mayor libertad.

Una circunstancia resolvería la dificultad: los «grandes y enormes crímenes» del comienzo de la juventud debieron de ser diferentes de la serie de asesinatos de niños que, desde 1432, debió de tener cierta continuidad y provocar una especie de

«fijación»: los mismos procedimientos, las mismas órdenes y, por último, cada vez con mayor frecuencia, los mismos participantes. Al «comienzo de su juventud», como hechos que respondiesen a las palabras de crimen y de atrocidad sólo debieron darse la invocación a los demonios y quizás las crueles brutalidades que en aquella época podían ir asociadas a la guerra.

En mi opinión, es dudoso que aquel sibarita, que encontró tanto placer en derramar sangre, no se aprovechara de la guerra desde la primera campaña.

No debemos perder de vista lo que sabemos con precisión de Gilles de Rais, ni lo que sabemos de las guerras de la época.

No debemos olvidar en ningún momento que en aquella época de guerras incesantes, las escenas de matanza en las ciudades, los pueblos en llamas eran una especie de trivialidad. El pillaje era entonces el medio inevitable de alimentar a una soldadesca voraz. Desde cualquier punto de vista es cierto que la guerra excitaba la avidez...

No encuentro una forma más válida de evocar esos *aspectos fundamentales de la vida humana* que la de recordar al rey de España, Felipe II, vomitando a caballo en el pillaje de San Quintín. Pero, lejos de vomitar, Gilles debió de sentir algún placer al ver sacar las entrañas de los caídos. Ante los espectáculos de la guerra, aquel pederasta debió de tener ocasión de combinar la excitación sexual con las carnicerías.

Sobre dichas carnicerías y la trivialidad que entonces representaban, podemos acudir al texto del arzobispo de Reims, Juvénal des Ursins (en sus *Epístolas* de 1439 y de 1440). El prelado insiste: tales delitos no eran sólo obra de los enemigos, sino también de «algunos que se decían partidarios del rey». Como tenían que hacer el indispensable avituallamiento en un pueblo, los soldados «se apoderaban de hombres, mujeres y niños, sin diferencia de edad o sexo, forzaban a las mujeres y a las jóvenes: se llevaban a las madres en edad de amamantar y dejaban a los niños, que morían faltos de alimento, cogían a las mujeres encintas, las encadenaban y, entre las cadenas, llevaban éstas su fruto, al que dejaban morir sin bautismo, y a continuación arrojaban al río a la mujer y al niño, cogían a los curas, a los monjes, a los eclesiásticos, a los campesinos, de resultas de lo cual muchos quedaban mutilados, otros furiosos y mentalmente trastornados... Los encarcelaban, les colocaban esposas, los arrojaban a fosos, a lugares sórdidos llenos de gusanos, los dejaban morir de hambre. Algunos morían. ¡Sólo Dios sabe las tiranías que ejercían con ellos! A unos los tostaban al fuego; a otros les arrancaban los dientes, a otros los azotaban con gruesos bastones, nunca los libertaban antes de que hubiesen entregado más dinero del que poseían...». En 1439 uno de los capitanes de Gilles de Rais estuvo a punto de ir a la horca por acciones de esa clase. Es cierto que después de 1427 a Gilles se le debieron de presentar pocas ocasiones de participar en aquellas escenas sádicas: después de aquella primera campaña, sólo pudo combatir dos veces, la primera junto a Juana de Arco, quien se oponía violentamente a los desórdenes; y la segunda, en 1432, en Lagny, donde es posible que no se diese ese tipo de cosas.

Por lo demás, no existe ninguna prueba de que Gilles participase en auténticas carnicerías. Lo único que sabemos es que en Lude insistió para que se ahorcase a los prisioneros de origen francés, a quienes se podía considerar como traidores a su país por haber combatido al lado de los ingleses. Es posible que los demás capitanes, más preocupados por el dinero, prefiriesen un rescate. A su manera, también Gilles apreciaba el dinero, pero fingía no darle importancia.

Fuese como fuere, no se puede evitar la idea de que, al hacer la guerra en 1427, los «grandes y enormes crímenes» del «comienzo de su juventud» no debieron de ser ajenos a los desórdenes que provocaba el paso de los soldados. Como veremos, la visión de la sangre humana y de los cuerpos abiertos le fascinaba. Más tarde debió de interesarse exclusivamente por sus víctimas preferidas, los niños Pero, puede ser que su curiosidad y su excitación se revelasen antes, en ocasiones más groseras. Si él mismo no hubiese intervenido cruelmente, si no hubiese matado entonces por gusto de la crueldad, no habría hablado de crimen. No es seguro, pero es de creer y, en definitiva probable. Seguramente habría podido hablar de crímenes al referirse a las invocaciones del demonio: éstas debieron de comenzar por aquella época. Pero ¿no tuvieron ningún antecedente los asesinatos que se sucedieron a partir de 1432? Me parece que existían las mayores posibilidades de que el abuso de los niños hubiese degenerado en asesinato, si, en aquella ocasión, Rais hubiese adquirido la costumbre de divertirse con la sangre.

Al hablar de aquella época (que cita naturalmente al referirse a su juventud), afirma que «hizo para su placer y voluntariamente todo el mal que pudo»; afirma también que entonces puso su «esperanza y su intención en las acciones y las cosas deshonestas que realizaba». La oportunidad de disfrutar en la cacería era demasiado bella. Lo que posteriormente se convirtió en algo relativamente peligroso, en guerra no presentaba inconvenientes.

LA VIDA SEXUAL: LOS ASESINATOS DE NIÑOS

La descripción de las desviaciones sexuales del monstruo no constituye solamente el aspecto alucinatorio de la vida de Gilles de Rais: constituye al mismo tiempo su aspecto mejor conocido. No lo conocemos sólo por las confesiones del señor de Rais, sino también por las declaraciones de sus servidores. El proceso acumuló una profusión de detalles —de diferentes procedencias— sofocante. Más de una vez se citó, con una minuciosidad que desafiaba el pudor, lo que en la vida cotidiana raras veces llegamos a conocer: los gustos, las fantasías, los caprichos malvados y las preferencias tumultuosas del monstruo.

A partir de 1432 en cada residencia de Rais hubo una cámara digna de las crueles imaginaciones de Sade, en la que el placer se combinaba con los sobresaltos de los moribundos. Una cámara de ese tipo se reservó para el horror en la enorme fortaleza de Champtocé. Quizá su abuelo acabara de morir allí. Es posible también que muriese algo después. Los asesinatos comenzaron el año en que el abuelo murió. Desde el primer momento, Gilles se entregó a la voluptuosidad rodeado de compañeros. Todo estaba organizado de tal manera que, si deseaba matar, lo hacía personalmente. Si lo prefería, recurría a Guillaune de Sillé, o a Roger de Briquerville, sus cómplices y primos, quienes procedían de familias nobles arruinadas por la guerra. Muchas veces Gilles mataba personalmente, en presencia de Sillé y de Briquerville, pero en caso necesario, uno de los dos mercenarios ponía manos a la obra. Todos vivían a expensas del amo, el amo que pagaba, pero antes que nada, les procuraba lo que deseaban.

Para empezar, los amigos se entregaban a excesos; se saciaban con alimentos finos y bebidas fuertes —pero al parecer—, en ningún momento los *seides* abandonaban a Gilles a la soledad de la sangre.

Probablemente después de 1432, Champtocé fue de poca utilidad: muy pronto lo substituyeron la casa de La Suze, en Nantes, y los castillos de Tiffauges y de Machecoul. También después se renovaron los participantes en aquellas fiestas: otras personas entraron a participar en los secretos. Al principio, según parece, lo hicieron los cantores de la capilla: André Buchet, de Vannes; Jean Rossignol, de La Rochelle, quienes debían de tener voces de ángeles homosexuales y a quienes Gilles nombró canónigos de Saint-Hilaire-de-Poitiers. También participaron Hicquet de Brémont y Robin Romulart (llamado «Petit Robin»), quien seguramente murió a finales de 1439. Por último, dos servidores que respondían a los nombres de Poitou y de Henriet completaron aquella sangrienta cuadrilla. Los días en que no se habían encontrado

nuevas víctimas, se utilizaban otros cantores, más jóvenes, que el amo guardaba como reserva: éstos, obligados a callar, los mantenían al margen de los secretos... aquellas moradas libidinosas de Machecoul y de Tiffauges, llenas de gente, causan espanto... Aun en el caso de que olvidemos la poca seriedad de los brujos que buscaban al diablo, de los curas que cantaban el oficio, causan espanto... Aquellas fortalezas tenían el sentido de trampas diabólicas. Se cerraban sobre los niños que cometían la imprudencia de esperar la limosna en el portal. A la mayoría de las víctimas infantiles las atrapaban mediante ese engaño. En aquel desorden había una atmósfera asfixiante que preparaba lo peor. Unas veces el propio Gilles de Rais era quien escogía, otras veces pedía a Sillé, o a otros que lo hiciesen. Una vez introducido el niño en la cámara de Gilles, los acontecimientos se precipitaban. Gilles se acariciaba ante sus víctimas, «frotaba contra ellos su virilidad... se deleitaba e inflamaba de tal modo que criminalmente y en forma adversa a la normal, surtía sobre el vientre de los niños», Gilles utilizaba para esto a cada niño sólo una o dos veces, después de lo cual «los mataba... o los mandaba matar^[8]».

Pero era raro que la orgía comenzase antes de que el niño hubiese sido maltratado. Al principio, realizaban una especie de estrangulamiento: introducían a las desgraciadas víctimas dentro de un aparato abominable. Gilles quería «evitar sus gritos», evitar que se oyesen. «Unas veces los colgaba de su propia mano, otras mandaba a otros que los colgasen por el cuello, con ligaduras y cuerdas, de una percha y de un gancho de su habitación». De esa forma, con el cuello dilatado, sus gritos quedaban reducidos a estertores sordos.

En aquel momento podía producirse una comedia. Gilles, detenía la operación: mandaba descender al niño, entonces lo acariciaba, asegurándole que no había querido «hacerle daño» ni «herirlo», sino que, al contrario, quería «divertirse» con él. Si al final conseguía hacerlo callar, podía gozar de él, pero la paz duraba poco.

Después de haber obtenido de la víctima un placer violento, la mataba o la mandaba matar. Pero, muchas veces el gozo de Gilles se combinaba con la muerte del niño. Podía sajar —o mandar sajar— la vena del cuello: la sangre brotaba y Gilles gozaba. A veces quería que en el momento decisivo la víctima estuviese en el agotamiento que precede a la muerte. O bien, la mandaba decapitar: por tanto, la orgía duraba «mientras quedase algo de calor en el cuerpo». A veces, después de haberla decapitado, se abrazaba al vientre de la víctima y se deleitaba viéndola morir así, la abrazaba de lado, para ver mejor sus últimos temblores.

A veces variaba las formas de matar. Así lo expresó él mismo:

Unas veces él, otras veces los cómplices infligían «diferentes clases y maneras de tormentos; otras veces sus cómplices y él separaban la cabeza del cuerpo con dagas, puñales y cuchillos, otras los golpeaban violentamente en la cabeza con un bastón, o con otros objetos contundentes». Precisó que a aquellos tormentos se añadía el suplicio de colgarlos. Al ser interrogado, el sirviente Poitou enumeró así las formas de matar: «Unas veces degollándolos o decapitándolos; otras veces cortándoles la

garganta, otras descuartizándolos y otras quebrándoles el cuello con un bastón». También dijo que había «una espada, destinada a su ejecución, vulgarmente llamada *braquemard* (especie de machete)».

Pero todavía no hemos llegado al final de aquel viaje que rayaba los límites de lo peor.

Vamos a exponer ahora lo que sabemos por el criado Henriet. Gilles se jactó de sentir «mayor placer con el asesinato de los niños, al ver cómo separaban sus cabezas y sus miembros, al verlos debilitarse y al ver su sangre, que conociéndolos casualmente». De esta forma enunciaba, antes que el marqués de Sade, el principio de los libertinos endurecidos en el vicio.

Lo que sabemos de la búsqueda de las «cabezas más hermosas» nos conduce hasta la aberración. Lo sabemos por el propio monstruo: cuando al final los niños descansaban muertos, los abrazaba, «y exponía a los que tenían las cabezas más bellas y los miembros más hermosos para que sus secuaces los contemplasen, mandaba cruelmente abrir su cuerpo y se deleitaba con la visión de sus órganos interiores». Por su parte, Henriet, quien de los dos criados fue el que lo contó con los detalles más minuciosos, tampoco pasó por alto este aspecto delirante.

Según su relato. Gilles «se deleitaba» mirando las cabezas cortadas y se las enseñaba a él, que estaba allí de testigo, y a Etienne Corrillaut, «preguntándoles cuál de ellas era más bella, la cabeza cortada en aquel instante o la de la víspera u otra de la antevíspera, y muchas veces besaba la cabeza que más le gustaba y se deleitaba con ello». A los ojos de Gilles, el género humano ya no era otra cosa que un elemento que servía para la emoción voluptuosa: este elemento se encontraba por entero delante de él, soberanamente disponible, sin otro sentido que una posibilidad de placer más violento y no cesaba de perderse en aquella violencia.

No existe confesión sexual más patética, en el sentido de que lleva hasta sus últimas consecuencias la voluntad de provocar el horror.

Estas últimas palabras provocan irremediablemente el temblor: «Y muchas veces, dice, cuando los niños morían, se abrazaba a su vientre y gozaba viéndolos morir así, y se reía de ello con los citados Corrillaut y Henriet».

Al final, el señor de Rais, quien para excitarse los sentidos lo más posible se había emborrachado, se derrumbaba como un plomo. Los servidores limpiaban la habitación, lavaban la sangre y, mientras el amo dormía, quemaban en la chimenea el cadáver. Grandes leños y gran cantidad de gavillas permitían reducirlo a cenizas rápidamente. Tenían la precaución de quemar los vestidos uno por uno, con la intención, según decían, de evitar los malos olores.

La disposición de la fiesta se había producido siguiendo el desarrollo previsto: no había respondido a mecanismos pasionales. Destinada como estaba a servir la voluptuosidad de una sola persona, había ocurrido sin angustia: aquellos niños de siete a veinte años morían tan anónimamente como cabritillos.

Si hubo tragedia, no fue de forma continua. Más aún, lo más sobresaliente de

aquellos horrores era la indiferencia de los participantes.

No hubieran podido imaginar el sentimiento que, en nuestros días, ha adquirido ese rigor inmutable: el espanto y la indignación que rebasaban todos los límites. En su tiempo, Gilles de Rais era un personaje muy importante y los pequeños mendigos a los que degollaba no contaban más que los cabritillos.

Nos resulta difícil valorar la distancia que en aquella época existía entre el hombre que aplastaba, crecido por su fortuna y su nacimiento, y el insecto aplastado entre dos piedras.

Más de un siglo después, en Hungría, una gran dama mataba a sus sirvientas con la misma despreocupación que Gilles mataba a los niños, Esta dama, Erszebeth Bathory, estaba emparentada con reyes: no se la juzgó hasta que no cedió al deseo de matar a hijas de la pequeña nobleza. Al propio Gilles de Rais no lo inquietaron hasta después de largas vacilaciones. Hasta que no cometió absurdas torpezas. Es probable que, al final, el rumor público creciese hasta tal punto que llegase a ser imposible hacer oídos sordos. Sin amigos, sin apoyos, Gilles no pudo escapar a la hostilidad, al cansancio general. Pero, si hubiese sido hábil y comedido, sus crímenes no habrían indignado profundamente: sin otra razón, el primer impulso habría sido el de cerrar los ojos.

EL ALTO RANGO DE GILLES DE RAIS

En aquel drama lleno de sangre, no podemos olvidar lo que ante todo anuncia al personaje de Rais: no era un cualquiera, sino un noble; aquel guerrero, aquel ogro, que violaba y mataba a niños, era antes que nada un privilegiado. Por lo demás, la fortuna no era su único privilegio. Su existencia, por sí misma, era privilegiada, su existencia por sí misma, en sí misma, era fascinante. Brillaba, era por sí misma gloriosa: como gloriosos son el lujo y la guerra.

El personaje de Rais, por sí mismo, era una fuerza que seducía, que dominaba. No hace falta decir que el hecho de degollar a niños no tiene nada de seductor, pero la nobleza de Rais no era noble en el sentido dulzón. Rais era noble en el sentido en que lo eran los guerreros germanos. Su nobleza tenía el sentido de una violencia que nada respetaba y ante la cual nada podía oponer resistencia: como las de los *Bersekirs*, una violencia de ese tipo sitúa fuera del mundo a quien la inspira. La nobleza de Rais anuncia a un monstruo.

En ocasiones su nobleza no se distinguía de lo que tenía de terrorífico, acababa por adquirir el hechizo de la noche y del espanto que la noche produce. Recuérdense los Hariis germanos y el hollín con que se tiznaban para mejor identificarse con el terror de la noche. El guerrero noble, el gran señor, el que fascina, es terrorífico.

Al mismo tiempo. Gilles de Rais temblaba ante el diablo. Pero el diablo lo fascinaba, solicitaba realmente la alianza con quien lo aterrorizaba. En el fondo de todo aquello, el mundo sobrenatural, el del diablo o el de Dios, era como él de esencia noble, de esencia soberana, si se quiere^[9]. La existencia de Dios, o la del diablo, tenía un fin exclusivo: lo que un noble considera como fin de todo el mundo noble, un encantamiento diurno o nocturno, semejante, pero real, al que representan determinados cuadros muy bellos, que deslumbran y fascinan. Dichos cuadros pueden representar batallas sangrientas, pueden representar mártires (pues los temas sexuales se deben trasponer necesariamente). Pero el terror va siempre combinado íntimamente con el hechizo.

En este sentido, el señor de Rais tuvo al menos ese mérito. Representaba en estado puro el proceso que tiende a subordinar la actividad de los hombres al encantamiento, al juego de los privilegiados. Los hombres en su conjunto producen, producen bienes de todas clases. Pero en la sociedad del siglo XV, estos bienes estaban destinados a los privilegiados, quienes podían devorarse entre sí, pero mantenían a la masa subordinada a ellos. Para los hombres de la masa el trabajo era una necesidad, de forma que los privilegiados pudiesen jugar, que pudiesen incluso,

en ciertas ocasiones, devorarse entre sí. Los bienes, que para la masa representaban el trabajo, para los privilegiados no tenían otro sentido que el del juego. Era imposible que advirtiesen la presencia del trabajo materializado en los productos, pues el noble, el privilegiado, no trabaja nunca y nunca debe trabajar.

Se suele olvidar con frecuencia que el principio mismo de la nobleza, lo que es en su esencia, consiste en la negativa a sufrir la degradación, la decadencia, consideradas como consecuencias inevitables del trabajo.

Para las sociedades antiguas, el trabajo era fundamentalmente algo de que sentirse avergonzado. Era cosa de esclavos o de siervos, de quienes, al mismo tiempo que la posibilidad de disponer de sí mismos, había perdido su dignidad: el hombre libre, por su parte, no podía trabajar sin sentirse degradado.

Ello se debía al hecho de que el trabajo no podía tener interés por sí mismo, era una actividad subordinada, una actividad servil, que servía a algo ajeno a sí misma. En principio, quien quería escapar a la vida servil no podía trabajar. Tenía que jugar. Tenía que divertirse libremente, como los niños: los niños, liberados de sus deberes, se divierten. Pero los adultos no porfían divertirse, como los niños, si no eran privilegiados. Los que no disfrutaban de un privilegio se veían obligados a trabajar. Así como el hombre sin privilegios se veía reducido a la obligación de trabajar, el privilegiado debía hacer la guerra.

La propia guerra tenía el privilegio de ser un juego. No era, como las otras, una actividad racional, sólo tenía el sentido que le confería el resultado obtenido. Es cierto que la guerra se puede ver desde el punto de vista de su utilidad: una ciudad, un país pueden verse atacados y deben defenderse. Pero sin la turbulencia de países o ciudades, que, sin necesidad, asaltan a sus vecinos, los hombres podrían evitar la guerra. En el comienzo la guerra es consecuencia de una turbulencia, aun cuando es verdad que a veces es el resultado inevitable del empobrecimiento de una región, cuyos habitantes se ven obligados a ir a buscar en otro lugar lo que les permita sobrevivir. La mayoría de las veces, los que tomaron la iniciativa de las guerras se vieron llevados a ella por un movimiento de explosión exuberante. Por esta razón la guerra tuvo durante mucho tiempo el sentido de un juego, de un juego terrorífico, pero de un juego.

En la época de Gilles de Rais, la guerra seguía siendo el juego de los señores. Aunque asolaba a la población, este juego exaltaba a los privilegiados. Para éstos revestía el sentido último que el trabajo no podía tener para las gentes pobres. El interés del trabajo está subordinado a su resultado: el interés de la guerra no es otro que la guerra, la guerra por sí misma, que fascina y aterroriza. Quienes eran como Gilles de Rais, quienes vivían en la espera de aquellos choques terribles de los ejércitos, que dejaban tras sí la muerte, los gritos de horror y el sufrimiento, no conocían ninguna otra cosa que les pudiera proporcionar aquella excitación violenta. El hecho de que, con escasísimas excepciones, las generaciones actuales no sepan ya nada de una exaltación que antiguamente, aunque se basase en la muerte, tenía el

sentido y el fin menos irrisorios, tiene la virtud de abandonarnos en este mundo al sentimiento de nuestra impotencia. ¿Acaso no estamos ciegos en el momento en que la terrible verdad de antaño se nos oculta?

¿Qué otra cosa podemos hacer, si no evadirnos, ante una pregunta tan vana?

Pero debemos continuar la paradójica investigación, basada en los problemas que su vida y el mundo de su época planteaban a Gilles de Rais...

LA TRAGEDIA DE LA NOBLEZA

El hecho de que Giles de Rais viviese en el mundo de la guerra, que iba unido al privilegio, no debe impedirnos advertir que en aquella época este mundo estaba cambiando. A los ojos de Gilles, la guerra era sin lugar a dudas un juego. Pero esa forma de ver era cada vez menos cierta: en la medida en que dejó de ser la de la mayoría de los privilegiados. En aquella época la guerra se estaba convirtiendo cada vez más en una desgracia general; al mismo tiempo era el trabajo de gran cantidad de hombres. La situación general se estaba deteriorando: se volvía más compleja, la desgracia alcanzaba incluso a los privilegiados, que cada vez sentían menos avidez por la guerra y por el juego y que veían, por último, que había llegado el momento de ceder el lugar a problemas racionales. En aquella misma época, los medios técnicos y financieros de la guerra implicaban tales resortes, que la función que correspondía a la fogosidad y a la exaltación personales quedaba reducida. En vida de Gilles de Rais la cabal ería pesada, esencialmente la de las armas, que hacía que la guerra fuese un juego lujoso, acabó por perder una parte de su importancia en favor de la infantería y de los arqueros, de las flechas y de las estacas. De igual manera, los movimientos de las bandas dedicadas al saqueo empezaban a ser más frecuentes que los combates prestigiosos con caballos engualdrapados y caballeros: como consecuencia de ello surgió la necesidad de substituir las compañías de forajidos, sin disciplina, por ejércitos regulares y jerarquizados. Solamente la jerarquía y la disciplina podían conservar una parte del lugar que ocupaban los privilegiados en la guerra.

Es cierto que algo subsistió del juego que la guerra es en su principio. En rigor, algo de ello, ha subsistido hasta nuestros días. Pero la disciplina, las directivas rigurosas y el mando científico infundieron a la guerra ese carácter esencialmente racional que ha hecho olvidar que, en el debate fundamental entre el juego y la razón, hasta muy tarde y como consecuencia secundaria, no tendió a distinguirse de aquella fogosidad y violencia individuales, que habían constituido su verdad y su esencia, para acabar cediendo ante la frialdad de la razón.

La evolución fue lenta: no se llegó de una vez a aquella enorme presión de las armas modernas que, a la larga, acabaron por asfixiar el movimiento de juego que transfiguraba la guerra, Pero, a partir de los años que siguieron a la muerte de Juana de Arco, Gilles de Rais, desde entonces mariscal de Francia, había abandonado su puesto en aquellos ejércitos de su tiempo, condenados a hacerse regulares. Desde el momento en que, en 1434, el condestable Richemont substituyó en el cargo a La Trémoille, surgió un embrión de administración real, que condujo a los estados generales de Orleáns de 1439^[10].

En 1434 Gilles de Rais conservaba el título de mariscal de Francia. Pero, después de la caída en desgracia de La Trémoille, ya no era nada. Había sido un «elegante caballero en armas», había sabido realizar un asalto, alinear magníficos caballos y

soberbios caballeros. Sabía beber y, seguramente, gozaba del peor desorden. Sobre todo, le gustaba batirse y, junto a Juana de Arco, se cubrió de gloria en Tourelles, Patay e, incluso después de la muerte de la heroína, en Lagny en 1432.

Desde el momento en que empezó a organizarse la administración y que, por tanto, ningún intrigante pudo asegurarle el favor del rey, el valor militar que tenía perdió de repente todo su sentido. Por sí mismo no era sino un pendenciero: desde aquel momento, todo lo que era, su estado de ánimo y sus reacciones ya no respondían al sentimiento de las nuevas necesidades.

A partir de 1432, desde el día en que se abandonó a la obsesión de estrangular niños, Gilles de Rais no fue otra cosa que una ruina. Todo contribuyó a ello. Todavía en agosto de 1432 figuró en Lagny como capitán glorioso. Su abuelo murió en noviembre. La desaparición de aquella fuerza bruta debió de liberarlo y aliviarlo y, al mismo tiempo, desmantelarlo. Debió de resultarle difícil soportar una libertad demasiado completa, demasiado repentina, una riqueza que acabó por ser vertiginosa. El verano siguiente, La Trémoille cayó en desgracia. No debemos pensar que Rais soportase con facilidad su decadencia. Ya he hablado de su simpleza... Pero lo que he dicho del juego que estaba haciendo ayuda a ver que vivía de él y que este juego se confundió con su vida. La privación debió de afectarlo tanto más cuanto que acababa de iniciarse en costumbres terribles.

He hablado de su infantilismo. Efectivamente, fue de forma infantil, por consiguiente la más completa, la más desquiciada, cómo encarnó el espíritu de aquel feudalismo cuya agitación procedía del juego de *Berserkir*: estaba unido a la guerra por una afinidad que era el último complemento a su gusto por las voluptuosidades crueles. No tenía otro lugar en el mundo, que el que la guerra le otorgaba. Solamente una sociedad entregada por completo a la guerra feudal podía conceder lo que esperaba a aquel privilegiado, que no podía evitar de apurar hasta la última gota el vaso del privilegio. No sólo su vanidad se vio afectada, también su pasión se vio herida por la desgracia que le venía encima. Aquel mundo feudal agitado lo marginaba. Rajo las apariencias de la riqueza, lo que le quedaba por vivir estaba, de antemano, marchito. Sin embargo, una cosa lo diferenciaba de aquellos miserables señores, siempre dispuestos gozar de sus restos. Jamás, ni siquiera ante la muerte, aquel privilegiado habría podido aceptar una vida que no lo fascinase.

En la tragedia de Gilles de Rais, hubo una primera sofocación. No puede haber ninguna duda acerca de admirar al desgraciado, o compadecerse de él. Pero la tragedia sólo se produjo con la desaparición de las condiciones necesarias en que descansaba la vida de la clase privilegiada. Lo que el mundo feudal había vivido comenzaba a desaparecer. En ese mismo momento, sus castillos empezaron a oler a muerte. En Champtocé y Machecoul, los cuerpos se fueron secando o comenzando su putrefacción en la parte inferior de algunas torres (p. 382 y 384-385). Estos castillos fueron enormes masas de piedra, cuyos rincones internos llegaron a ser prácticamente inaccesibles, tan profundamente enterradas como criptas. Estas fortalezas fueron los

signos externos —o los santuarios— de antiguas guerras feudales, de los cuales estos señores fueron todavía dioses. En estas guerras querían la embriaguez, buscaban el vértigo y el mareo para el que habían nacido, para el que habían consagrado su vida. Insistieron en ello a través de asaltos, pero de vez en cuando les asfixiaron obsesiones oscuras. El juego en torno a estos castillos, se esperaba que se jugara hasta el final; poseerlos. Quien residía en ellos no podría haber escapado fácilmente. Sólo podía hacerlo si rechazaba el espíritu que estos muros altos y gruesos encarnaban. Los que, como Craon, estaban ocupados efectivamente en sus intereses y la gestión de su fortuna con un cálculo y codicia burguesa, podían, si querían, jugar o no ese juego. Pero los que están dominados por sus intereses se encuentran comprometidos: trabajan de alguna manera, están esclavizados. Por el contrario, era la pasión de Gilles de Rais, que lejos de ceder, aquello que lo hacía persistir, persistir incluso hasta llegar al punto de la ruina.

El declive de Gilles de Rais tiene el aspecto de magnificencia fúnebre.

Su obsesión con la muerte es tangible: un hombre, poco a poco, se encierra en la soledad de la delincuencia, de la homosexualidad, de la tumba; en este profundo silencio, los rostros que le obsesionan son la de los niños muertos, a los que profana con un beso abominable.

Antes de que el telón de fondo de fortalezas —y lápidas— la decadencia de Gilles de Rais toma la apariencia de una alucinación teatral.

No podemos juzgar los estados de ánimo de este monstruo.

Pero es a partir de la habitación maldita, donde las cabezas de los niños miran al que, evidentemente, se le habría ocurrido, temprano en la mañana, ir a pasear por las calles de los pueblos de Machecoul, de Tiffauges.

¿Podría una larga e intolerable alucinación poseer una verdad más profunda?

El personaje Gilles de Rais se une a esta trágica aparición. Esta aparición está ligada a la desgracia decisiva que proviene de la caída de La Trémoille.

Está ligada a esta desgracia por la manera en que expone la tragedia personal de Rais, al mismo tiempo que expone la tragedia de un mundo al que se adapta una figura sangrienta, que desde el Berserkir al M. de Charlus de Proust, en todos los aspectos traiciona una locura cruel. El mundo feudal, de hecho, no puede ser separado del exceso, el cual es el principio de la guerra. Pero en el instante en que las políticas reales o la inteligencia se imponen, ya no estamos en un mundo feudal. La inteligencia o el cálculo no son nobles. No es noble calcular o reflexionar, y ninguna filosofía habría podido ser capaz de encarnar lo que es esencial de la nobleza. Estas verdades dichas en lo que respecta a Gilles de Rais tienen precisamente la ventaja de aprovechar la fuente impura de su vida. La tragedia es necesariamente impura; es más real, ya que es impura.

A lo que se une es el principio, no menos sólido, que no debe ser malentendido: que sin la nobleza, sin el rechazo del cálculo y la reflexión (el cual es su esencia), no habría tragedia, no habría otra cosa que reflexión y cálculo.

Me atrevería a decir, a propósito de la *tragedia de Gilles de Rais* —entendida como tragedia por la reflexión monótona, por la reflexión que tiene en cuenta al mundo que rechazó la reflexión (el cual se basaba incluso en dicho rechazo)—, que constituye la tragedia del feudalismo, la tragedia de la nobleza.

Pero ¿qué significa esta afirmación?

Que sin la profunda simpleza que dirigía y exigía el brutal rechazo de Gilles de Rais, no habría tragedia.

No nos estamos alejando de Gilles de Rais. Estas reflexiones no tendrían sentido si se pudiesen separar de nuestro personaje y de toda la sangre que derramó. Pero, aunque es cierto que fue el feudalismo, que él encarnó, lo que le dio el carácter trágico, en aquel juego trágico, el propio feudalismo, con su fuerza para enlazar sin discusión, *ingenuamente*, con la violencia de la vida, no difería de esa *soberanía*, que no fue solamente el principio de las tragedias griegas, sino de la Tragedia personificada. *La Tragedia representa la impotencia de la Razón*.

Ello no significa que la Tragedia disfrute de derechos contra la Razón. Lo que es contrario a la Razón no puede disfrutar realmente de derechos. Pero la Violencia humana, que tiene el poder de ir contra la Razón, es trágica y, si se puede, hay que suprimirla: por lo menos no se la pueda ignorar ni menospreciar. Había que decir esto a propósito de Gilles de Rais, pues difiere de todos aquellos cuyo crimen es personal. Los crímenes de Gilles de Rais eran los del mundo en donde los cometía. Los movimientos convulsivos de aquel mundo son los que explican aquellos estrangulamientos. Aquel mundo había admitido las diferencias crueles que dejaban sin defensa a quienes estranguló. Había permitido —o casi— aquellos juegos trágicos: ¡juegos de un energúmeno que rayaba en los límites un poder soberano! Es cierto que ya en aquel mundo se estaba originando el movimiento más profundo que iba a reducir dichas diferencias, que las iba a reducir lentamente... Un lento movimiento que, a su vez, iba a conocer en otra ocasión la brusquedad trágica, procedente de una violencia opuesta.

LA RUINA TEATRAL DE ORLEÁNS

He mostrado que aquella tragedia era la de la nobleza, de aquella humanidad trágica, a veces incluso tragicómica, si se quiere, que es la nobleza. En el caso de Gilles de Rais, la tragedia se prolongó durante los años que siguieron a su decadencia, de 1433 a 1440. Desde el momento en que dejó de guerrear, su vida asumió el lamentable curso que le dieron sus crímenes y la serie de esfuerzos inútiles que realizó.

Independientemente de su voluntad, la última aparición del mariscal en un campo de batalla tuvo el sentido de un inútil desfile. En aquella ocasión, el ejército del rey de Francia, dirigido por el condestable de Richemont, se enfrentó a los ingleses. Pero ni ingleses ni franceses entablaron combate. Después de haber mostrado su fuerza, los adversarios se retiraron sin batirse. A pesar de ello, Gilles se hizo notar por el esplendor de quienes llevaban sus armas. Ello provocaba excesivos gastos. Para hacerles frente tuvo que vender tierras en varias ocasiones. En la época de Juana de Arco, estos gastos estaban justificados. Por muy grandes que fuesen, todavía estaban a la altura de una inmensa fortuna. A la muerte de su abuelo, su fortuna aumentó. Pero poco después, el crédito de Gilles se acabó. Cuando La Trémoille cayó en desgracia, su título de mariscal perdió sentido. Ocurrió entonces lo contrario de lo que hubiera sido de esperar, según la lógica. Lejos de mejorar, la situación de su fortuna pasó a ser precaria. Sus gastos, antes inevitables se convirtieron en gastos de ostentación. Parece que el tren de vida del mariscal de fachada fue más pesado que el del capitán empeñado en guerras. Como si tuviese que compensar con una falsa apariencia el prestigio perdido.

Existen numerosos documentos sobre los insensatos gastos de Rais. Sin embargo, no permiten precisar: no podemos explicarnos qué fue lo que al final produjo su ruina, ni qué proporciones alcanzó ésta. Vemos lo que ocurrió, pero no sus dimensiones exactas, ni su causa.

Lo único que podemos afirmar es que aquellos gastos se multiplicaban, la ruina fue uno de los aspectos obsesionantes de la tragedia de la que estoy hablando. Los gastos de Gilles de Rais no corresponden a la prodigalidad, sino que están en relación con el juego excesivo, que es la base sobre la que se desarrolla la humanidad primitiva. Este juego, en principio, era secundario con respecto a la propia guerra, pero adquirió una profunda realidad en el caso de un hombre cuyas reacciones eran todas arcaicas. Al faltarle el juego de la guerra, aquel hombre violento necesitó una compensación. Parece ser que la encontró en el gasto ostentoso. Pero ¿habría tenido suficiente atractivo este juego, si no hubiese amenazado con provocar la ruina del jugador?

Cuando se convirtió en una nulidad. Gilles de Rais no vio otra posibilidad que la de jugar y jugar. ¿Qué hubiera podido hacer un feudal como él en aquel mundo nuevo?

El privilegio del feudal tiene un solo sentido: al liberarlo del trabajo, lo destina al juego. Pero el único juego que da su valor completo al hombre privilegiado lo constituye la guerra. ¿Podría acaso el «gasto ostentoso» justificar una fogosidad comparable a la que la guerra desata? El juego de los gastos ostentosos ya no interesaba a los iguales de Rais. Les parecía cómico. Perteneían a un mundo en vías de desaparición. En ese juego, las ciudades se habían enfrentado construyendo altas catedrales. Pero el siglo xv estaba ya sumergido en una profunda transformación, en la que la realidad primaba sobre la apariencia.

Gilles de Rais conservaba en solitario las reacciones del mundo primitivo, que la nobleza del siglo xii todavía comprendía bien. En el siglo xii, con ocasión de una corte celebrada en Limousin, un caballero mandó sembrar piezas de dinero en una tierra labrada; otro, para contestar al desafío, mandó utilizar cirios para hacer fuego en su cocina; otro, «por jactancia», ordenó quemar vivos a todos sus caballos. Hoy sabemos lo que significaba esa *jactancia*, que respondía de forma tan clara a los incomprensibles gastos del señor de Rais.

En las sociedades diferentes de la nuestra —nosotros, por nuestra parte, acumulamos la riqueza con vistas a un aumento continuo— prevalecía, por el contrario, el principio de derrochar o de perder la riqueza, de darla o de destruirla. La riqueza acumulada tenía el mismo sentido que el *trabajo*; por el contrario, la riqueza derrochada o destruida en los *potlatch* de las tribus tenía el sentido del *juego*. Las riquezas acumuladas tenían solamente un valor subordinado, las riquezas derrochadas o destruidas, tenían, para quien las derrochaba o destruía, un valor *soberano*: no servían para nada más; sólo para ese derroche o para la destrucción fascinante. Su sentido *presente*: su derroche o el don que con ellas se hacía era su última razón de ser, y por eso es por lo que de repente podía ocurrir que en su sentido desapareciese, si se guardaban para más tarde, porque su sentido estaba en el instante. Pero se consumían *en dicho instante*. Podía ser que este consumo se realizase con magnificencia: los que sabían apreciar la consunción quedaban deslumbrados, pero nada se conservaba de todo ello.

Ese era el sentido que tenían las monedas sembradas, los cirios utilizados en la cocina y los caballos dando alaridos entre las llamas.

Ese era también el sentido que tenían los insensatos gastos que Rais multiplicó, cuando tuvo que renunciar a la guerra.

En la primavera de 1434, después del asunto de Sillé, todavía no había renunciado a ella definitivamente. Seguía en relación con La Trémoille. Como había tenido que comprometerse a no volver u aparecer en la corte, el antiguo favorito intentó reanudar marginalmente una actividad reducida: aprovechó el hecho de que un amigo, el duque de Borbón seguía todavía en guerra con el duque de Borgoña; quería acudir en ayuda de Borbón, una de cuyas ciudades, Grancey, situada en Borgoña, estaba asediada por los borgoñones. Así, pues, propuso a Rais reclutar tropas y acudir en ayuda de Grancey. Al parecer, Rais aceptó inmediatamente.

No podemos saber exactamente lo que ocurrió después, pero nada se arregló. Puede ser que otros interviniesen para poner obstáculos a la buena marcha de aquellos asuntos...

Es cierto que Gilles consiguió que Carlos VII le encargase oficialmente la liberación de Grancey, pero sabemos que el día en que esta ciudad se rendía a los borgoñones, se encontraba en Poitiers... Anteriormente había pedido a su hermano René que se hiciese cargo de las tropas que efectivamente había reclutado en Bretaña.

No obstante, el mariscal sin empleo no había abandonado la partida.

Se dirigió a Orleáns: tenía la intención de vivir a su manera, suntuosamente, pero La Trémoille volvió a animarlo para que lo acompañase en otra misión. Gilles aceptó entonces seguirle una vez más a la región del Borbonesado. En aquel momento se trataba, aunque en vano, de ayudar al duque de Borbón.

Los dos hombres se empeñaron juntos en dicha acción. A comienzos del año siguiente intentaron atacar a Juan de Luxemburgo. Después de la paz de Nevers, concluida entre el duque de Borgoña y el rey (febrero de 1435), Luxemburgo siguió en guerra con los franceses.

Pero La Trémoille y Rais no disponían de mucho dinero. Además, no se entendían bien en ese sentido, tanto menos cuanto que Rais estaba resuelto a llevar una vida de rey, una vida cuyo esplendor deslumbrase.

Vacilaba. No se resignaba a aceptar el desorden y la derrota en que estaba naufragando; todos los esfuerzos que La Trémoille hacía para reanimarle eran vanos, pues Gilles se daba cuenta de que le proponían asuntos insignificantes, sin créditos, sin dinero real. Se abandonó sin remedio. Desde aquel momento se entregó a un lujo afeminado, propio de un cardenal romano.

Se rodeó de jóvenes cantores y consiguió que le nombrasen canónigo de Saint-Hilaire-de-Poitiers. (Ese título solamente lo habían recibido hasta entonces los duques de Aquitania). En aquella ocasión debió de aparecer con un traje suntuoso, mezcla de eclesiástico y de guerrero. Entonces viajaba con una casa eclesiástica, una «colegiata», cuya sede estaba en principio en una capilla de los Saints-Innocents, situada dentro del recinto de Machecoul. Esta capilla tenía sus canónigos e incluso un falso obispo; tenía cantores y una escuela de música análoga a la de las catedrales, toda aquella gente iba litúrgica y suntuosamente vestida: más de cincuenta personas y otros tantos caballos. A la casa eclesiástica se añadía la militar: doscientos caballos que precedían a un heraldo de armas, trompetas. No hemos dicho nada de los brujos, de los alquimistas, de los armeros, del iluminador de estampas, quienes estaban encargados de llevar un órgano en sus viajes... Aquel hombre, amurallado por la soledad del criminal, no podía vivir sin una multitud que recordaba el séquito de un rey. Sabemos por documentos notariales de Orleáns, ciudad donde permaneció durante un año, lo que era aquella multitud en su conjunto. Un poco antes, la misma multitud debió de acompañarlo a Poitiers. En esta ciudad, el delirio adquirió un carácter escandaloso, que debemos señalar. Dos jóvenes cantores, que le habían

encantado, lo acompañaban; después los convirtió en criminales. Uno era André Buchet, de Vannes, quien por lo menos en dos ocasiones le proporcionó víctimas. El otro, Jean Rossignol, de La Rochelle, a quien concedió un terreno en Machecoul; participó en el traslado de los esqueletos de niños en Champtocé. Aquel día, en la iglesia de Saint-Hilaire, instituyó dos prebendas en favor de aquellos efebos. Seguramente lo que buscaba era el exhibicionismo velado que en su caso adquirió el sentido del crimen: debió de amar hasta el delirio aquellas voces angelicales, aquellas voces de efebos corrompidos, a quienes asociaba en sus orgías.

El viaje a Poitiers y, después, a finales del año y al año siguiente la larga estancia en Orleáns, nos permiten hacernos una idea del tren de vida infernal que llevó al mariscal de Rais, desde el momento en que de mariscal sólo le quedaba el nombre (en aquella época ese título se podía anular, pero él lo conservó). Al parecer, la estancia en Orleáns le costó 80,000 escudos de oro: una parte importante, no de sus rentas, sino de su fortuna. (En 1437 vendió por sólo 100,000 escudos Ingrandes y Champtocé, sus dos plazas más importantes, que Juan V de Bretaña ambicionaba). Al regreso, sus finanzas estaban tan enfermas, que tuvo que encerrarse por un tiempo en sus dominios en Bretaña.

Se instaló en la región de Rais, en la fortaleza de Machecoul.

No había sembrado monedas de plata, no había quemado sus caballos en una hoguera, pero los gastos a que se acababa de entregar habían producido el mismo sentimiento de juego ostentoso.

Fue entonces cuanto Guillaumé de La Jumellière lo había asistido con sus consejos. Todavía a finales de 1434 lo acompañaba cuando llegó a Orleáns seguido de su casa militar.

La llamarada de los gastos desenfrenados de Orleáns significó al mismo tiempo una renuncia definitiva a la guerra, lo que de ninguna manera era otra salida, sino el recurso de lo imposible: lejos de ser un modesto sucedáneo de las de Limousin, las extravagancias de Orleáns conducían a la tragedia. Orleáns, que en 1429 había anunciado la gloria de Rais, consagró su decadencia seis años después.

Efectivamente, la estancia después de la cual Rais reconoció claramente que el glorioso pasado vivido en aquella ciudad estaba muerto, significaba que seguía unido a él.

Durante aquella existencia fastuosa quiso volver a ser por un día el joven mariscal de Francia en que se había convertido junto a Juana de Arco, cuando se arrojó con una furia irresistible contra los ingleses, consiguiendo para su país una victoria inesperada. Aquel acontecimiento no revistió para él el mismo sentido que tuvo para todos los demás. Evidentemente, para Gilles de Rais, Juana de Arco era incomprensible. ¿Cómo podía él interesarse por la suerte de un pueblo? Lo que se ha dicho a propósito de esto es lamentable. Sólo se interesaba por sí mismo. En último caso puede ser que, por su infantilismo compartiese grandes emociones que era incapaz de comprender... Pero el 18 de mayo de 1435, Orleáns celebró como cada

año su liberación: Rais trataba de recoger una parte de la popularidad delirante de la que Juana de Arco disfrutó en Orleáns desde el primer día. Hacía cuatro años que la desgraciada Juana había muerto en las llamas y Rais, quien, a su lado, había desempeñado uno de los principales papeles de aquella jornada, quizás el más importante después de ella, sobrevivía. Tenía la suerte de vivir aquella jornada en medio del entusiasmo de la multitud: pero en aquel a ocasión estaba solo y la liberación de Orleáns y el combate de Tourelles se convertían en su triunfo personal.

La conmemoración de la liberación debió de durar varios días. Gilles hacía correr el oro. Gastaba como embriagado para aturdirse. El principio de la fiesta era, seguía siendo, la interminable procesión que siguió el primer año a la partida de los ingleses, pero la procesión se adornaba entonces con «misterios», representados durante el recorrido. En estos misterios se escenificaban episodios de la batalla de 1429. Sabemos que aquel año se celebró una representación en el momento en que la procesión alcanzaba el bulevar del puente: se trataba, pues, de la toma de Tourelles, la fortaleza que dominaba el puente sobre el Loira. La Ciudad participó en los gastos, pero, como lo muestran las cuentas municipales que se han conservado, sólo parcialmente. Rais encargó frecuentes representaciones de misterios: de esa forma contribuía a su ruina. Multiplicaba la compra de vestidos nuevos y magníficos y se oponía a que se utilizasen dos veces; mandaba servir a los espectadores vinos, hipocrás y manjares suculentos. Sabemos también que había costado un estandarte y un pendón que, cuatro años después, en 1439, sirvieron para otra representación del mismo asalto de Tourelles. No cabe duda de que el mismo año en que gastó 80 000 escudos una importante parte de aquella fortuna sirvió para subvencionar, los enormes gastos de aquellas fiestas.

Pero cuando regresó a Bretaña, sus cofres estaban vacíos.

Sus cofres estaban vacíos y sus próximos, indignados, acababan de obtener cartas reales que lo ponían en entredicho. Ello se anunció al son de las cornetas en Angers, Tours, Orleáns, Champtocé, Pouzauges, Tiffauges. No había podido vivir en aquel delirio sin vender una parte de sus bienes, pero, por lo menos en el reino, desde aquel momento nadie iba a poder hacer contratos con él.

Es probable que en aquella época Gilles de Rais no estuviese tan definitivamente arruinado como ha podido parecer. Pero, el entredicho revelaba a todos, que además de su decadencia moral otra decadencia, que también debió de deprimirlo: la decadencia financiera.

En definitiva, en aquellos grandes gastos de Orleáns se desprende un rasgo de carácter sorprendente: ¡lo que por dos veces fue importante para Gilles fue convertir soberanamente su vida y su propia persona en una llamarada espectacular! Para ello poseyó un sentido teatral. En 1435, ya no era nada. Pero, en Orleáns recuperó de forma teatral la grandeza que había perdido. ¡Para ello fue capaz de arruinarse!

En 1435 supo magnificar teatralmente en Orleáns el furor guerrero que derrotó a los ingleses.

En 1440 asoció una multitud inmensa con otra gloria diferente, equivocada y siniestra esta vez, ¡la del criminal! Pagó con su vida aquella última llamarada. Por lo menos, al final de estas páginas, tenemos que reconocer la magnificencia que supo atribuirle.

UN INTENTO DESESPERADO: LA APELACIÓN AL DIABLO

El entredicho de las cartas del 2 de julio de 1435 no se cumplió en el sentido de que el duque de: Bretaña, Juan V, no quiso ratificarlo en sus dominios... No por ello, la situación era menos grave. Rais no podía evitar de caer por la pendiente en la que precisamente la decadencia lo había colocado.

A decir verdad, desde 1432, pasaba de una crisis a otra. La aberración a que estaba cediendo en aquel desgraciado año le apartó literalmente del mundo. Como he dicho, esta aberración lo encerró en una alucinación trágica. No obstante, tenía la impresión de que le estaba reservar un destino privilegiado: al final, el pródigo —o el monstruo— que era, se salvaría. Así era su ingenuidad^[11]. Iba a decir credulidad propia de un papanatas. No dudaba de dos remedios contradictorios, el de Dios y el del diablo. Aquel ingenuo demoniaco no se detuvo nunca ante nada: en el pacto que ofreció al diablo, preservaba su alma y su vida. Aquel privilegiado nunca hubiera podido imaginar que, en última instancia, no pasaría, en el otro mundo igual que en éste, por encima del vientre de los demás. Un día se mostró magnánimo y pidió a las pobres gentes que se acercasen junto a él a la Santa Mesa. Ello no cambiaba la hipertrofia del sentimiento que tenía de sí mismo. Lo peor de todo fue la certidumbre que demostró en el proceso de que se reuniría en el paraíso con Prelati, su compinche, su cómplice, en el momento mismo en que el verdugo iba a colgarles...

En verdad, esta presunción, que fue la causa de todo el drama, fue el fundamento general de la soberbia feudal y de la explotación, esenciales a la nobleza.

Podemos expresar su situación, que era la personificación de la tragedia, con la siguiente fórmula: ¡con la cabeza baja ante lo imposible! La situación era insostenible, pero en ningún momento desmintió Rais su desmesura, se mantuvo firme hasta el final. Aquel hombre se veía amenazado por una ruina rápida, constantemente se encontraba en los límites del remordimiento, caminaba sobre el abismo: y, sin embargo, conservaba su desenvoltura, su confianza incongruente, que hacían que la catástrofe fuese inevitable.

De día en día, esperaba al diablo, esperanza suprema... Lo esperaba desde hacía años. Aunque admitió que «desde su juventud había cometido y perpetrado grandes y enormes crímenes», al decir esto estaba pensando, en parte por lo menos, en sus ensayos de invocación. Siempre que pudo, se lanzó a todo lo que gozaba de algún poder en ese terreno.

No podemos estar seguros de ello, pero uno de los primeros contactos que tuvo con un pretendido más allá, que lo fascinaba, puede que se produjese cuando en

Angers encontró, seguramente en 1426, a un personaje del que sabemos muy poco: era de Anjou y caballero. Rais debió de encontrarlo cuando reclutó una compañía de hombres de Anjou para combatir a los ingleses bajo el estandarte de Yolanda de Anjou: contaba entonces veintidós años (esa edad corresponde a la expresión «desde su juventud», que el propio Gilles utilizó). Aquel caballero, versado en las artes de la alquimia y de la invocación al diablo, estaba entonces encarcelado: la inquisición lo acusaba de herejía. Gilles habló con él en la prisión de Angers, en el castillo de los duques de Anjou. El caballero poseía un manuscrito que trataba de artes sospechosas. Gilles se lo llevó prestado; mandó leerlo en voz alta a varias personas en una sala. Sabemos también que el libro fue devuelto al caballero de Anjou, pero no sabemos qué fue de aquel desgraciado. Esta visita en una cárcel y la lectura del manuscrito nos hacen pensar que se trataba de los primeros pasos que daba en esa dirección. Es lógico que en aquella época Gilles permaneciese durante mucho tiempo en Angers «catorce años» antes del proceso de 1440.

Al mismo tiempo hemos de creer, pues así lo afirmó el propio Rais, que en 1440 hacía «catorce años» que practicaba la invocación del diablo.

Según eso, podemos pensar que su iniciación demoniaca, que databa de 1426 aproximadamente, comenzó por aquella información obtenida de un preso y de un libro. Seguramente: a ello siguieron numerosos contactos, que concluyeron con las prácticas que recomendaban los invocadores profesionales.

Sobre dichas invocaciones, practicadas durante «catorce años», el proceso nos informa que se realizaron unas veces en los castillos de Machecoul y de Tiffauges y otras veces en la casa llamada La Suze en Nantes. Hubo uno o varios intentos en Orleáns, en la casa llamada de la Cruz de oro. Estos últimos son los primeros documentados: las estancias del señor de Rais en la casa de la Cruz de Oro en Orleáns se sitúan entre 1434 y 1435.

Por otra parte, disponemos de una serie de detalles sobre determinados invocadores que utilizó o sobre determinadas invocaciones precisas.

Conocemos los nombres de un trompeta, llamado Dumesnil, de un tal «Luis», de un lombardo, Antonio de Palerno. Es posible que hiciese bastante tiempo que estos últimos estaban al servicio del señor de Rais, algunos de ellos mucho tiempo. En aquellas invocaciones, a la mayoría de las cuales asistió Gilles, «tanto en Machecoul como en otros lugares», se trazaba «en el suelo un círculo o figura en forma de círculo»: quien quiera invocar al diablo, «con la intención de verlo... de hablarle o de hacer un pacto con él, debe en primer lugar trazar este círculo sobre la tierra». A propósito de esto, el propio Rais afirmó que nunca pudo ver al diablo ni hablarle, «aunque hizo todos los esfuerzos que pudo, hasta tal punto que, si no pudo verlo ni hablarle, ello no dependió de él».

Concretamente, poseemos el relato detallado de algunas de aquellas invocaciones. En una de ellas asistía, además del señor de Rais, Gilles de Sillé. No conocemos el nombre del invocador, pero se realizó, seguramente en los primeros tiempos, en una

habitación de la fortaleza de Tiffauges. Se trazó el círculo, pero aquel día los dos compinches temblaban. Rais, que «llevaba en los brazos una imagen de la bienaventurada Virgen María», entró, al parecer, en el círculo lleno de aprensión, «porque el invocador le había prohibido hacer la señal de la cruz, pues, si la hacía, correrían peligro todos; se acordó de una oración a Nuestra Señora que comienza por *Alma*^[12] pero el invocador le ordenó destempladamente que saliese del círculo, cosa que él hizo inmediatamente, al tiempo que se persignaba: al instante abandonó la habitación, en la que permaneció el invocador, y cerró la puerta tras sí; a continuación encontró a... Sillé quien le dijo que estaban pegando y golpeando al invocador en la habitación, que se oía un sonido semejante al producido al golpear una manta, cosa que él... (Rais) no oyó: mandó abrir la habitación y descubrió al invocador herido en la cara y en otras partes del cuerpo: presentaba, entre otras heridas, un gran chichón en la frente y no podía sostenerse; por miedo a que muriese a consecuencia de las citadas heridas, ordenó que llamasen a un confesor y le aplicasen los sacramentos; pero el invocador curó de las heridas y no murió». El invocador, al imitar el ruido que hubiera podido producir una agresión demoníaca y herirse a sí mismo con el fin de convencer, estaba empleando seguramente un procedimiento tradicional, con el que por lo menos en dos ocasiones Rais se dejó engañar.

Además de la reacción exagerada de Rais, que en los comienzos podía estar todavía asustado, existe una razón para pensar que la fecha de aquella invocación es antigua: el papel que en ella desempeñó Sillé en solitario. Al parecer, hasta 1435-1436 aproximadamente, Sillé fue el único proveedor de elementos para las invocaciones y las operaciones de alquimia (parece ser también que por la misma época era el principal proveedor de niños y que era él quien mataba, en principio, cuando su amo estaba cansado de hacerlo).

A partir de 1435-1436 el padre Eustache Blanchet debió de ocupar su lugar en la tarea de proporcionar invocadores y alquimistas (en lo referente a los niños, Henriet y Poitou ocuparon el primer puesto, pero Sillé no desapareció).

En un principio, Gilles de Rais había encargado a Sillé la tarea de buscarle invocadores «en las montañas», pero seguramente no debió de quedar satisfecho. Sillé le informó de que una invocadora le había dicho que si su amo no apartaba su alma de la iglesia, concretamente de su capilla de Machecoul, no obtendría ningún resultado, otra le había dicho aproximadamente lo mismo en otros términos. Un invocador, que iba a traer, se ahogó. Otro acudió, pero, nada más llegar, murió...

Eustache Blanchet, quien posteriormente iba a traer de Italia al joven y prestigioso Prelati, cometió también errores parecidos. El Invocador que Blanchet trajo de Poitiers a Pouzauges robó al señor de Rais. Este tenía un castillo en Pouzauges, que le pertenecía, como el de Tiffauges, a través de su mujer. Pero la invocación no se hizo en el castillo. Se hizo por la noche, en un bosque de los alrededores. Estaban presentes Rais, Blanchet, Henriet y Poitou. (Sillé debía de haber caído en desgracia en aquella época).

El invocador, un médico llamado Jean de la Rivière, entró solo en el bosque. Iba armado. Portaba una espada y otras armas y llevaba una armadura de color blanco. De repente, los asistentes oyeron un gran ruido, como si La Rivière estuviese combatiendo. Blanchet pensó que estaba golpeando con todas sus fuerzas la armadura con la espada. A su regreso, presentaba un aspecto «espantado y turbado». Dijo que había visto en el bosque «un demonio que tenía el aspecto de un leopardo». El demonio pasó junto a él sin decir nada y lo esquivó. Gilles creyó al invocador sin comprobar nada.

En el acto le entregó veinte reales de oro. A continuación todos regresaron a Pouzauges donde hicieron una fiesta y pasaron la noche. Después de lo cual Rivière dijo que iba a buscar lo que necesitaba; tenía que regresar lo más rápidamente posible, pero se guardó los veinte reales de oro y no se tuvieron más noticias de él.

Aquella invocación debió de realizarse hacia 1436. Es posible que el episodio del orfebre de Angers ocurriese hacia la misma fecha. Lo que es seguro es que aquel año Gilles debió de pasar por Angers. Allí atacó a su antiguo preceptor, quien había cometido el error de ponerse de parte de la familia contra él. Puede ser que se albergase en el Lyon d'Argent, donde Blanchet afirmó haber enviado a un orfebre que se decía alquimista. Gilles le entregó un marco de plata «para que trabajase». Pero, después de haberse encerrado en una habitación, el orfebre se puso a beber. Gilles, indignado, lo encontró durmiendo... Lo echó fuera, pero el borracho se quedó con el dinero.

Y, sin embargo, es posible que el borracho tuviese una honradez de la que los demás carecían: no era invocador, sino alquimista. Y la alquimia, a la que la Iglesia no perseguía resueltamente, como a la brujería o a la invocación, pues a veces incluso la toleraba, fue en definitiva el origen de la química... Algo después, un alquimista al servicio de Rais cumplió. Como el de Angers, era orfebre: el trabajo de los metales inclinaba hacia la alquimia, se avenía con ella. No sabemos cuándo llegó a Tiffauges para vivir en casa del señor de Rais, pero el 14 de mayo de 1438, cuando llegó Prelati, ya estaba allí: aquel día Prelati y Blanchet, procedentes de Italia, fueron instalados en la misma habitación que él. Casi todo lo que podemos decir de él lo conocemos por el testimonio de Blanchet, por lo cual debemos pensar qué fue éste quien lo condujo hasta Gilles de Rais, como también había conducido al de Angers. El segundo orfebre era de París y respondía al nombre de Jean Petit.

En el mes de diciembre de 1439 estaba todavía al servicio de Gilles: por aquellas fechas su amo lo envió a Mortagne con el fin de convencer a Blanchet, que acababa de escaparse, para que volviese a Tiffauges. Pero Blanchet se negó. Encargó a Jean Petit que dijese a Gilles, y a Prelati que el rumor público estaba contra ellos, que debían abandonar su vida criminal. Jean Petit cumplió el recado, ante lo cual Gilles, fuera de sí, lo mandó conducir al castillo de Saint-Étienne-de-Mermorte, donde fue arrojado a prisión. Según Blanchet, «permaneció allí durante mucho tiempo». No sabemos en qué fecha abandonó el servicio del señor de Rais, pero el 15 de

septiembre de 1440, fecha de la detención de éste, ya no debía de estar. Si hubiera estado en Machecoul en aquella época, habría sido detenido, como lo fue Prelati, con quien había compartido durante mucho tiempo su trabajo cotidiano. Prelati trabajaba con él en aquellos hornos que seguramente habían instalado antes de la llegada del italiano, quizá mucho antes.

Otros, como los italianos Antonio de Palermo y Prelati, no eran solamente alquimistas, sino también invocadores. Parece ser que Antonio de Palermo estaba desde hacía mucho tiempo al servicio de Gilles, pero pronto lo abandonó; es probable que Jean Petit fuese el iniciador de los experimentos con mercurio, que Gilles citó (los italianos se entregaban sobre todo a la invocación). Gilles estuvo seguro de que un día u otro llegaría a conseguir, gracias a Petit o a Prelati, sobre todo gracias a ambos, la transmutación de los metales: estuvo convencido de que iba a poder fabricar oro. Conservó esta convicción: si la inesperada visita, en diciembre de 1439, del futuro Luis XI, entonces delfín de Viennois, no le hubiese obligado a destruir sus hornos (porque una ordenanza de Carlos V había prohibido la alquimia), ¡habría fabricado oro, habría recuperado su fortuna colosal, habría gozado de un poder sin límites y de una riqueza inagotable!

PRELATI, LA EUFORIA FINAL Y LA CATÁSTROFE

De hecho, la llegada de François Prelati, a quien en la primavera de 1439 Blanchet trajo de Florencia, acabó de perderlo. Prelati, joven, adornado con el prestigio de la magia, de las bellas letras y de Italia, sedujo literalmente al señor de Rais; sus conocimientos reales y su elocuencia de charlatán lo deslumbraron.

Gilles ya no esperaba otra ayuda que la del demonio. Acogió como a un salvador a aquel hombre brillante, quien le pareció, más que ningún otro, versado en conocimientos que le iban a hacer volver a su primer estado de fortuna. Prelati, insolente, audaz, procedente de una ciudad donde la homosexualidad estaba muy extendida, parece que se entendió de maravilla con su amo, el cual debió de seducir al ambicioso sin escrúpulos, prodigiosamente corrompido además. Gilles debió de seducirlo tanto más, cuanto que, a pesar de su real decadencia, seguía disponiendo con generosidad de una riqueza todavía apreciable. Tratado como amigo, quizás como amante (pero no podemos estar seguros de ello). François Prelati, desde el principio, multiplicó las invocaciones, sin sentirse en absoluto embarazado por la obstinación de un diablo empeñado en no aparecer. Fáciles mentiras, a veces enormes comedias, disipaban las decepciones. Como ya había hecho un primer invocador, recurrió a la agresión simulada de un demonio, diciendo que le había golpeado enérgicamente en la habitación donde había tenido la precaución de encerrarse. Gilles lo encontró herido y quedó espantado, pues veía ya muerto a su amigo; quiso encargarse de cuidarlo personalmente y no dejó que nadie se acercase a él. Pero, aunque el diablo se negaba a aparecerse a François, no dejaba de darle las razones de ello. Efectivamente, cuando estaba solo, su demonio familiar, llamado Barron, concedía a veces la gracia de su presencia al joven y encantador charlatán... Así le era fácil alimentar los terrores y las supersticiones de su amo. Por lo demás, las mentiras de Prelati no demuestran nada: pudo existir entre ambos una especie de amistad, de la que son pruebas aquellos adioses sublimes durante el proceso, que ya hemos citado. Al parecer aquellos seres extraviados no se detenían ante nada... Uno y otro, a pesar de su excesiva corrupción, podían tener ciertas facilidades sentimentales... el embrollo de sus sentimientos debió completarse con la superchería del uno y la simpleza del otro. No por ello debemos dejar de recordar la escena en que el joven comediante gratificó brutalmente con una patada en el trasero a la posadera, quien le había molestado al llorar porque su marido se estaba muriendo. La desgraciada habría caído por una escalera, si una vieja nodriza no la hubiese cogido por el vestido. Con esta imagen es con la que conviene responder a la emoción que

podrían justificar aquellos adioses que, ante los jueces, a las puertas del más allá, dirigió el monstruo a su mixtificador.

Más adelante^[13], daré por entero en detalle lo que las confesiones de Gilles y los testimonios de Henriët, de Poitou y de Blanchet permiten saber sobre las invocaciones que se sucedieron desde la primavera de 1439 hasta la detención de septiembre de 1440. De las descripciones muy numerosas, muy precisas, sacamos una idea muy aproximada de cómo era en aquella época el ritual de la invocación... Lo que sí quisiera presentar sin tardanza es la atmósfera que crearon en el castillo de Tiffauges aquellas reiteradas apelaciones a los poderes infernales. Prelati descubrió, al mismo tiempo que la piedad supersticiosa de su amo, los asesinatos crueles sin los cuales no podía pasar: tenía, pues, que hacerlo vivir en el equívoco que resultaba de la vana espera de un diablo salvador y de la atmósfera demoníaca que producían los estrangulamientos de niños. La única respuesta al silencio de aquél cuya espera mantenía a Rais en la maravillosa euforia del oro por fin inagotable... era la pesadilla de las cabezas sangrantes y la amenaza, que cada día era más pueril olvidar, de la catástrofe final.

En primer lugar, Prelati hizo que su amo perdiese la costumbre que tenía de asistir a las invocaciones. Atribuyó la vacilación del diablo a algún descontento: por el contrario, ¡el diablo se manifestaba siempre que el escrupuloso italiano operaba solo! De abril a diciembre de 1439, éste pudo mantener en una especie de encantamiento a aquel hombre sangriento, cuya ceguera cada día se hacía más profunda. Pero la situación empeoró. Hacia julio-agosto, Gilles se dirigió a Bourges donde permaneció suficiente tiempo como para que le enviaran noticias e incluso un regalo del diablo: un «polvo negro sobre una piedra de pizarra», enviado a Rais por Barron, el diablo familiar de Prelati. Este escribía regularmente a su amo. Al principio, Gilles llevaba el polvo en el cuello en una caja de plata. Pero, después de unos días, admitió que no le proporcionaba ningún beneficio... Seguramente, después del regreso de Bourges, en Dorgneuf, donde Rais se encontró con el duque Juan V de Bretaña, debió de exigir a Prelati que le permitiese asistir a una invocación en la casa, con la intención de conseguir que Barron lo congradiese con el duque. En vano. Decepcionado y deprimido, Gilles cedió en el acto a la sed de sangre: un niño de quince años. Bernard Le Camus perdió la vida aquel día. Pero de nada sirvió; al parecer, el criminal no podía encontrar la paz: el terror, el remordimiento lo abrumaban. En Borgneuf pensó en enmendarse, en ir a Jerusalén a llorar ante el Santo Sepulcro. Es probable que a consecuencia de aquel fracaso, al que siguió la crisis, Prelati, adivinando la necesidad de volver a adueñarse de la voluntad de su amo, propusiese lo que podía ser un último recurso: ¡el demonio irritado exigía a Gilles un sacrificio! Había llegado el momento de inmolar a un niño al demonio. Al principio, parece ser que aquella proposición dejó a Gilles sumergido en la angustia. Prelati debía de saber de antemano que aquel hombre supersticioso temblaría; conocía las reticencias del criminal, a quien hasta el final acompañaron la esperanza y la preocupación por salvar su alma: Gilles no podía

disimular lo que había de imperdonable, de repugnante en el sacrificio al «espíritu inmundo» de un inocente, de un desgraciado niño. No obstante, estaba cogido entre la espada y la pared, y quería salvar a cualquier precio su riqueza, igual que su alma y su vida. ¡Hasta tal punto ardía en deseos de ver al diablo, que una noche apareció con el corazón y quizás el ojo de un niño en la mano! Por la noche el italiano presentó la horrible ofensa, pero el diablo no acudió.

Podemos imaginar fácilmente el estado de ánimo de Rais en la época que siguió a aquello. Aquel hombre, salpicado de sangre, podía ser febril. ¿Hubiera podido desde entonces Prelati mantener el encantamiento en que había intentado encerrarlo? Todo debería de haberlo aterrorizado. No había otra salida, al parecer, que las cóleras violentas. A petición de Blanchet —Jean Petit le había explicado, el rumor público que aumentaba— le había pedido que no perseverase en el crimen: el orfebre iba a acabar gimiendo en alguna de aquellas terroríficas prisiones, de las que o se salía pronto o se permanecía hasta la muerte.

Lo que debió de completar la miseria, la angustia de Gilles fue la repentina visita del futuro Luis XI, entonces delfín de Viennois. Aquel siniestro personaje llegaba enviado por su padre con la misión de acabar con los desórdenes de las guerras que no habían dejado de reinar en aquella región. Llegó a Tiffauges, donde, al parecer, Gilles apenas tuvo tiempo de mandar destruir los hornos de alquimistas. Una antigua orden de Carlos V prohibía la práctica de la alquimia. Desaparecidos los hornos, el delfín, para quien un mariscal tan miserable como era el señor de Rais en 1439 no tenía prestigio, se limitó a detener al capitán de los soldados de Tiffauges, culpables de pillajes en los campos de la región. La detención respondía al hecho de que, con frecuencia, los soldados de Rais se aprovisionaban en la región... De hecho aquella visita hostil tuvo un resultado desastroso: la demolición de los hornos se lo anunciaba al criminal: ya no iba a ser posible tocar pronto aquel oro, del que esperaba angustiado la posibilidad de escapar a la ruina. Es cierto que, si hubiera querido, el demonio habría podido conceder a su celoso servidor, por medio de la alquimia, el objeto de su demanda. Pero, el demonio se negaba obstinadamente a aparecer. El prestigio y la charlatanería de Prelati no habían proporcionado a Gilles otra cosa que un aplazamiento de unos meses. La euforia fue anunciadora de la catástrofe; el sobresalto vital precipitaba la caída definitiva.

En principio, a comienzos del año 1440, la suerte estaba echada. La fortuna y el crédito del mariscal estaban en su punto más bajo. Todo le fallaba al mismo tiempo. El diablo se burlaba de él. Si la seducción de Prelati no lo hubiese embrujado, debería de haber expulsado a aquel charlatán, que no había obtenido ningún éxito. Pero, en medio de aquella miseria, Gilles no habría podido soportar la soledad. La compañía de Prelati era preciosa. Juntos podían hablar en latín y, en cualquier caso, la conversación del italiano era sutil. Los compañeros franceses eran casi con seguridad unos zopencos, asesinos crueles, como Sillé; Briquerville era un vulgar aprovechado; Henriet y Poitou, más jóvenes, tenían quizás algún encanto: sus declaraciones fueron

animadas..., y sobre todo sabemos que Poitou, que había sido el amante de Gilles, era guapo. Pero aquellos muchachos eran unos palurdos y es lógico pensar que Prelati quien, quizás, se ofreció a los abrazos de su amo, le daba las satisfacciones propias de su cultura. Gilles, aburriéndose de una orgía a otra, no podía pasarse sin su agradable conversación. Prelati, a falta de haber salvado a su amo con ayuda del diablo, supo por lo menos divertirlo, distraerlo en el momento en que su vida acababa de naufragar en la pesadilla en que la sed de sangre lo encerraba.

A medida que sus últimas esperanzas lo abandonaban, el siniestro mariscal se iba conviniendo en una pavesa. Desde hacía mucho tiempo vivía en el infierno, empachado con los gozos excesivos que el erotismo representa para quien se aburre con la vida razonable.

En su estado de depresión, un momento de exasperación, de cólera, lo cegó. Había vendido al tesorero de Bretaña, Geoffroy Le Parrón, uno de los últimos castillos que le quedaban, uno de sus castillos de la región de Rais, Saint-Étienne-de-Mermorte. Se enteró de que al señor de Villecigne, uno de sus primos, le hubiera gustado comprar dicho castillo, pues en otro tiempo había formado parte de sus bienes de familia. Rais pensó que Geoffroy Le Farron aceptaría anular la transacción. Se equivocaba. No sabemos por qué razón Rais se obstinó en conseguirlo. Pero no pudo aceptar la negativa del tesorero. Contra toda prudencia decidió recuperar a mano armada el castillo que había vendido. En Saint-Étienne-de-Mermorte no había guarnición militar. El tesorero había instalado en él solamente a su hermano Jean, que era hombre de Iglesia y estaba protegido por la inmunidad eclesiástica.

No solamente Gilles de Rais se enfrentaba con el tesorero de Juan V, sino que, además, aquel oficial seguramente era el testafarro del propio duque. Cualesquiera que fuesen las razones, hubo una especie de demencia en el empeñamiento de Gilles, quien, con las armas en la mano, se precipitó gritando en la iglesia del pueblo donde el hermano del tesorero asistía al oficio divino.

Aquel movimiento de rabia lo enfrentaba violentamente con quienes lo iban a derribar y al mismo tiempo provocaba la reacción del duque de Bretaña y la del obispo de Nantes.

Se debatió, esperó salvarse aprovechando la multiplicidad de los poderes. Trasladó a su prisionero, Jean Le Farron, de Saint-Étienne, que pertenecía a la jurisdicción del duque de Bretaña, a Tiffauges, que dependía solamente de la corona.

Intentó negociar con Juan V. Pero bastaron cuatro meses. Por una parte. Juan V tuvo una entrevista con Gilles que hacía peinar en la posibilidad de restablecer la paz. Casi al mismo tiempo, el duque conseguía que su hermano, el condestable de Carlos VII, se apoderase de Tiffauges, perteneciente a Francia, y libertase a Jean Le Farron, a quien pensaba conservar como rehén. El 15 de septiembre, los hombres de Juan V atraparon al señor de Rais en Machecoul. Lo detuvieron para conducirlo a la prisión de Nantes, al mismo tiempo que a Prelati, Eustache Blanchet, Henriet y Poitou.

La encuesta sobre los asesinatos de los niños ya estaba muy avanzada. La había encargado el 30 de julio el obispo de Nantes (Jean Malestroit, canciller de Juan V y su brazo derecho).

El absurdo episodio de Saint-Étienne había desencadenado el mecanismo judicial, que todavía durante mucho tiempo hubiera podido seguir sin inmutarse exageradamente, porque un gran señor estrangulase a pequeños muertos de hambre.

LA MUERTE ESPECTACULAR

Hasta fecha reciente la ejecución de hombres condenados por la justicia no ha dejado de ser un espectáculo ofrecido para divertir y angustiar a la multitud. En la Edad Media no había suplicio que no fuese espectacular. En aquella época, la muerte del supliciado constituía —con las mismas características que en la escena— la tragedia, un momento exaltante y significativo de la vida humana. Las guerras y las masacres, los desfiles señoriales o religiosos y los suplicios dominaban a las multitudes de la misma forma que las iglesias y las fortalezas: desde ellas se dictaba el sentido moral y, de forma general, el sentido profundo de toda la vida (pero, quizás, al mismo tiempo, su escaso sentido moral y, en definitiva, su escaso sentido). Por tanto, Gilles de Rais, al tener que ser juzgado y, por consiguiente, condenado a muerte, estaba destinado a la multitud desde el instante mismo de su detención: se anunciaba a ésta, como un espectáculo escogido en un cartel teatral.

Juana de Arco había sido ofrecida igualmente a la misma multitud anónima, cuyo ruido y furor no dejan de llegar, a través de las épocas, hasta nosotros.

¡De entre todas las víctimas ofrecidas a dicha multitud, Juana de Arco y Gilles de Rais, compañeros de armas, se oponían entre sí de la misma forma que lo hacen la inocencia befada y el crimen que exhibe al mismo tiempo el horror y las lágrimas del criminal! En el caso de las dos víctimas citadas, un solo aspecto se presta a la comparación. La *emoción* que debió de sentir aquella masa ruidosa ante la cual Juana murió abrasada; la emoción que se unió seguramente al mismo murmullo anónimo en el momento en que Gilles, a su vez, apareció en las llamas. Por extraño que nos pueda parecer, el espanto que inspiraron sus crímenes (los innumerables niños que el asesino estranguló, derramando su semen sobre ellos, como él mismo confesó), contribuyó, junto con el espectáculo de sus lágrimas, a la compasión de la multitud. Contribuyó a ella, porque de las agitaciones exageradas del pueblo siempre es posible obtener lo mejor como esperar lo peor: aquel día la multitud había sido invitada muy temprano a dirigirse al lugar del suplicio en procesión, rogando a Dios por Gilles y sus cómplices a los que conducían a la muerte. Así la multitud pudo saber aquel día, llorando, que aquel gran señor que moría, siendo como era el más infame criminal, era semejante a cada uno de los que la componían.

No sabemos nada de la reacción que Gilles de Rais tuvo en el momento de la detención.

Es posible, que, en un principio, pensase en la posibilidad de salvarse del mal paso que había dado con el episodio de Saint-Étienne. Al principio fue objeto de las atenciones debidas a su rango. Se le cedió una alta habitación del castillo que no tenía nada que ver con las celdas donde se encerraba a los miserables (tan poco que ver, que en ella se hizo un interrogatorio al acusado ante diez o quince personas). Los debates se entablaron ante el tribunal eclesiástico, que presidían el obispo de Nantes y

el inquisidor de la fe. Solamente aquellos debates eclesiásticos revistieron el aspecto dramático que dio al proceso de Gilles el papel destacado que ocupa entre todos los procesos criminales. (Los debates del proceso secular tuvieron menos importancia; por otra parte, los debates eclesiásticos son los únicos cuyos informes han llegado hasta nosotros).

Entre todos los suplicios de la Edad Media, por muy espectaculares que fuesen, el de Gilles de Rais fue, teatralmente, el más emocionante. También parece ser que, para empezar, su proceso fue por lo menos uno de los más animados, uno de los más patéticos de todos los tiempos.

Los jueces tuvieron que enfrentarse con un hombre acostumbrado a provocar temblor en los demás, con un acusado mucho más embarazo que los de nuestras audiencias.

Como ya he dicho, Gilles de Rais, lejos de ser astuto, se caracterizaba por una auténtica simpleza. Esta se reveló con claridad en su primera reacción, sus insultos, a los que siguieron el hundimiento en lágrimas y la confesión de lo inconfesable. De antemano, lo que tenía de temible hizo que los jueces obrasen con prudencia. En su primera comparecencia evitaron abordar lo esencial: seguramente deseaban que el acusado reconociese su competencia antes de medir la gravedad de la acusación. Esta comparecencia se produjo el 28 de septiembre. Después de abandonarlo a la depresión de la soledad, esperaron hasta el 8 de octubre antes de hacerle comparecer otra vez. Ya no acusaban a Gilles solamente de haber violado la inmunidad de la Iglesia en Saint-Étienne: había invocado al diablo, había estrangulado y violado a niños, había ofrecido al demonio la mano, los ojos y el corazón de un niño. Gilles lo comprendió y su cólera se desencadenó. Debió de saberlo desde el principio: estaba perdido. Estalló, no reconoció la autoridad de sus jueces. Seguramente pensó en alargar el proceso con la esperanza de que alguien interviniese en su favor. Pero en seguida se enfrentó con la resuelta firmeza de éstos, que revelaba su decisión: querían perderlo sin tardanza.

Volvió a comparecer el 13: su rabia impotente se desencadenó, insultó a sus jueces lo más ultrajantemente que pudo, tratándolos de bribones y de simoníacos. En vano intentó enfrentar contra ellos al presidente del tribunal secular, presente en los debates. Los jueces reaccionaron fríamente: en el acto, excomulgaron a aquel hombre frenético.

En aquella época la excomunión tenía un poder que aterrorizaba. Gilles de Rais pudo colocarse superficialmente por encima de sus jueces. Pero el devoto supersticioso que, a pesar de sus crímenes y de sus búsquedas satánicas, no había dejado de ser se hundió. Al regresar a la soledad de su habitación, volvió a encontrarse con la pesadilla en que deliraba, más terrible que nunca.

Quedaba una salida espantosa, a la medida de aquel frenético. ¡Convertir el desastre en una llamarada! Una llamarada desastrosa sin duda, pero espectacular, una llamarada delirante, en definitiva: la multitud que esperaba su resplandor quedaría

fascinada.

A consecuencia de la alucinación que vivía, el hombre de la gloria vana que había sido llegó a un punto en que la violenta agitación de su mente excedió sus pobres límites. Cuando sucumbió definitivamente, la única gloria auténtica que le quedaba era la de sus crímenes. Pero solamente podía vanagloriarse de estos crímenes con una condición:

¡Llorando, desesperado, casi moribundo, iba a confesarlos, pero al mismo tiempo iba a revelar también su horrible grandeza, una grandeza que iba a hacer temblar!

Iba a hacer lo que le enseñaba la vía cristiana, vía que, a pesar de todo, siempre había querido seguir. Imploraría gimiendo el perdón de Dios y de todos aquellos que habían sufrido el prodigioso desprecio que los demás le habían inspirado. Imploraría gimiendo, imploraría al morir: ¡en aquella enorme apoteosis, sus lágrimas serían auténticas lágrimas de sangre!

Pero, obligados a captar o adivinar, si es posible, lo que pasa por una cabeza frágil en el momento en que desaparece la posibilidad de resistir, sólo de forma extraña percibimos lo que conduce de un punto a otro.

De la misma forma, en una noche de tormenta, no distinguimos nada, las líneas del rayo que se nos escapan deslumbran... a condición de que se nos escapen; y lo que se nos revela, más que un detalle aprehensible, es la movilidad vertiginosa con que se suceden los detalles posibles. No por ello debemos dejar de presentar —o intentar presentar— a partir de qué miseria pudo producirse lo que los documentos nos enseñan. No podemos de ninguna manera olvidar que Gilles de Rais sólo vagamente, y en cualquier caso de forma diferente, pudo tener las reacciones que le atribuimos. Lo que, con su precisión indecente, sugieren las frases es el desorden del que emanaron sus lágrimas, sus confesiones, que conocemos. Pero sin esas frases que lo sugieren, no estaríamos más ajenos a este desorden de lo que estaríamos, dormidos, con respecto a la tormenta deslumbrante. En este sentido —y solamente en este sentido—, los comentarios añaden algo al enunciado de los hechos. Pero ¿hemos de presentar la muerte teatral del señor de Rais limitada a la pobreza de los hechos? ¿Acaso podemos separarlos de la fulguración inaprehensible de lo posible?

Cuando, el 15 de octubre de 1440, Gilles de Rais volvió a comparecer, el cambio que en dos días había sufrido en la soledad de su habitación era tan grande, que era comparable a la muerte: solamente la muerte puede producir un estrago tan profundo... Aparecía resignado; venía a pedir perdón a los jueces por sus injurias: lloraba. No confesó todo el primer día, pero, aunque negó lo que para los eclesiásticos era lo más grave, reconoció en conjunto lo inconfesable: ¡había matado a niños!

De rodillas, bañado en lágrimas, «con grandes suspiros», imploró la absolución de la sentencia de excomunión que los jueces habían pronunciado contra él. Los jueces, que ya le habían concedido el perdón por las injurias, le concedieron la absolución que pedía. La vacilación de sus primeras confesiones no es forzosamente

significativa. Es de creer que seguramente al principio profundas reticencias la retrasasen. ¿Pensó quizás que al gran señor arrepentido se le podía perdonar haber matado a niños pobres, mientras que la invocación al demonio sólo se podía pagar con el fuego? Es posible.

No obstante, cuesta trabajo creer que el primer salto, el más difícil, fuese superficial. Yo creo que el profundo desorden dentro del que se debatía lo abandonaba a tortuosas agitaciones. Aunque oscuramente, desde el principio debió de estar abierto a una posibilidad vertiginosa: la confesión de sus crímenes repugnantes iba a fascinar a los que la oyesen, ¿acaso podía vivir sin fascinar? ¿Vivir sin fascinar? ¡Vivir sin respirar! ¡Lo que en él había de convulsivo aspiraba al momento en que los que le oyesen se echarían a temblar! El exhibicionismo de los criminales, que sirve para compensar su preocupación por el disimulo, presenta generalmente este aspecto: por esa razón la confesión es una tentación para el culpable quien, a partir del desastre que el crimen representa, tiene siempre *la posibilidad de una llamada, desastrosa también*.

Las confesiones decisivas, las confesiones inconfesables de Gilles de Rais no se produjeron hasta el 21 de octubre, fecha en que se decidió torturarlo. Por tanto, podía ser que dichas confesiones se hubiesen producido ante la amenaza. Me parece menos aleatorio pensar que la amenaza facilitó la respuesta a la pasión, pero no fue su causa. Cuando se vio amenazado, Gilles de Rais suplicó a sus jueces que le concedieran un plazo. Iba a reflexionar, pero prometió de antemano que hablaría espontáneamente de forma que les satisficiera. Consiguio que se le permitiese ser oído no por los jueces eclesiásticos, sino por el presidente del tribunal secular, quien acompañaba el obispo de Saint-Brieuc. Conseguido el aplazamiento de la tortura, Gilles, en solitario, entró en el camino de aquellas confesiones sorprendentes, después de las cuales parecía inútil insistir. La sesión del 22 de octubre fue decisiva: ante los jueces eclesiásticos, rodeados por una numerosa asistencia, Gilles expuso extensamente sus torpezas. Evocó lo más horrible. Las cabezas cortadas que sus cómplices y él examinaban para decidir cuál era la más bella y besarla. Los estallidos de risa que les producían las gesticulaciones de los moribundos.

Aquel exhibicionismo violento fue posible solamente gracias a un equívoco. ¿Habría podido imaginarse sin los sollozos del gran señor? En el momento de aquellas confesiones se llegó a una cima. Aparecieron con una luz soberana, insólita: a causa de la grandeza de aquel criminal (¿acaso no exige la tragedia la soberanía del criminal?), al mismo tiempo que al horror, se le proponía también a la simpatía aterrorizada, a la compasión de quienes le veían llorar, y lloraban por él.

Lo que nos oprime en la muerte de Gilles de Rais es la compasión. Al parecer, en parte por su atrocidad, en parte por su nobleza y por el hecho de que lloraba, aquel criminal conmovió al auditorio y provocó su compasión.

Cuando, al final del proceso secular, se pronunció la condena a muerte y el presidente del tribunal y Gilles hablaron juntos unos instantes, el juez, no se dirigió al

acusado en calidad de juez: tuvo la deferencia que, en condiciones normales, un hombre tiene para con otro. Seguramente la piedad de que dio prueba Gilles de Rais en aquellos últimos momentos justificaba al juez para consigo mismo. Seguramente se sentía turbado por el linaje de aquel a quien acababa de condenar a muerte. Creo sobre todo que la ignominia y el carácter repugnante de aquellas carnicerías, asociadas a la piedad, a las lágrimas y a la grandeza, lo hicieron cambiar y que el juez había perdido la posibilidad de sentir lo que le diferenciaba de aquel criminal, lo que le oponía a la infamia.

Al mismo tiempo creo que el propio culpable oscuramente tuvo conciencia del trastorno que resultaría de su muerte en aquellas condiciones.

Aquel día su ingenuidad estuvo a la altura de la ingenuidad de los jueces, a quienes conmovió. Así, pidió al presidente del tribunal secular que interviniese ante el obispo de Nantes, el cual había presidido el tribunal eclesiástico: el «deseo» desmesurado del criminal consistía en que una procesión de todo el pueblo, que el propio obispo y los eclesiásticos ordenarían, lo acompañase hasta el lugar del suplicio para que rogasen a Dios por él y por sus cómplices, que iban a morir después de él.

El juez le prometió que pediría esta gracia, que le fue concedida.

Antes había pedido, y obtenido, una primera gracia: como se le iba a ahorcar e inmediatamente después entregar a las llamas, deseaba que, «antes de abrirlo y quemarlo», se retirase su cuerpo de la hoguera, se colocase en un ataúd y se llevase a la iglesia del monasterio de los Cármenes de Nantes.

De esa forma su muerte fue la ocasión de un fasto teatral. Partiendo del castillo de Tour Neuve, donde se había juzgado al condenado, la procesión de una multitud inmensa, acompañada con oraciones y cantos, acompañó a un miserable, que había llevado hasta sus últimas consecuencias el desprecio hacia la plebe, la cual ahora lo seguía y suplicaba a Dios por él.

La procesión llegó hasta una pradera que al otro lado del Loira, dominaba la ciudad.

Le habían gustado hasta la locura aquellos cantos eclesiásticos que dieron a su muerte el esplendor con que nunca se sació. Parece ser que «mujeres de alto linaje» se encargaron de retirar de las llamas lo más rápidamente posible al muerto, que un instante antes, colgado de una cuerda, acababa desaparecer rodeado por su enloquecido esplendor.

Lo colocaron entonces en el ataúd y solemnemente se llevó el cuerpo hasta su última morada, en la iglesia, donde le esperaba la apacible solemnidad del oficio de difuntos.



GEORGES BATAILLE Escritor y ensayista francés, nacido en Billom, Puy-de-Dôme en 1897. Fallece en París el 9 de julio de 1962.

Estudia en la Ecole des Chartes, de París, donde se gradúa en 1922, y en la Escuela Superior de Estudios Hispánicos, de Madrid, a donde acude en 1923, le sirven para ganarse la vida como numismático en la Biblioteca Nacional de París, donde ingresa en 1924. Su contacto con la filosofía viene de las lecturas de Nietzsche, realizadas en 1923, y de Hegel en 1929. Su obra, preferentemente literaria —ensayos, suele decirse, que parecen novelas y que no llegan a serlo— entra en el terreno de la filosofía, en el ámbito propio de la corriente posestructuralista francesa, cuyo exponente principal es Derrida, y cuya preocupación central es investigar por qué se vincula la racionalidad con la palabra escrita, y poner en evidencia el trasfondo de irracionalidad que hay en esta creencia y la crítica total al concepto de sujeto.

Su obra filosóficamente más importante la forman *La experiencia interior* (1943), *El culpable* (1944) y *Sobre Nietzsche* (1945), libros escritos durante la ocupación alemana, *Suma ateológica I* (1954), y *Suma ateológica II* (1961). Son particularmente interesantes sus escritos sobre estética y sobre erotismo. Fundó las revistas *Documents* (1929-1930) y *Critique* (1946) y la sociedad secreta *Acéphale* (1936-1939).

Notas

[1]*Mémoire des héritiers de Gilles de Rais pour prouver sa prodigalité*, en MORICE (Dom H.), *Mémoires...*, T. II, col. 1338. <<

[2] La opinión que aquí expresamos sobre las relaciones de la historia de Gilles de Rais y el conde de Barba Azul la da en términos precisos Charles PETIT-DUTAILLIS, el cual escribe (en *Charles VII*, 1902, p. 183): «No pretendemos decir que Gilles de Rais sea el prototipo de Barba Azul. El cuento de Barba Azul y de sus siete esposas parece ser de fuente antigua y popular y no presenta por sí mismo ninguna analogía con Gilles de Rais, quién sólo se casó una vez y dejó a su mujer vivir aparte: pero es cierto que en Bretaña y en Vendée el pueblo amalgamó el cuento de Barba Azul y la historia del señor de Rais». <<

[3] BOSSARD (Abbé E.), *Gilles de Rais, maréchal de France*, 1.a ed., 1885, p. 399.

<<

[4] Aquellas pobres gentes puede ser que llegasen a realizar dicha identificación a causa de la dificultad de hablar a los niños de la historia escandalosa del mariscal de Rais. No por ello el nombre de Barba Azul deja de responder perfectamente a la figura que designó. <<

[5] Bourdeaut (A). *Chantocé, Gilles de Rays et les Ducs de Bretagne*, p. 78. <<

[6] *Op. Cit.*, p. 67 <<

[7] Ver DUMÉZIL, (Georges), *Les Dieux des Germains*, Paris, 1939, in-16, passim.

<<

[8] *Op. Cit.*, p. 67. <<

[9] Recíprocamente, ¿acaso no hay en la soberanía, que a veces asume un hombre, quien no deja por ello de ser semejante a cualquier otro, una equivalencia del crimen?

<<

[10] DU FRESNE DE BEAUCOURT (G.), *Histoire de Charles VII*, tomo 3, París, 1885, pp. 389-390. <<

[11] Es cierto que antiguamente Salomón Reinach, quien sólo conoció de forma rápida e incompleta los documentos, ¡atribuía a su inocencia dicha extravagante certidumbre de salvarse! <<

[12] Se trata de un himno muy conocido, cuyo primer verso es *Alma Redemptoris Mater...* <<

[13] Se refiere aquí al proceso que, en esta edición, no reproducimos. N. del E. <<